INVESTIGACIÓN HISTÓRICA

I

Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla (*)

S IEMPRE me han parecido un tanto indelicados los estudios clínicos, tan en boga en la actualidad, de personajes que gozan desde hace años —o siglos— de la paz de los justos. Porque, de una parte, el médico no tiene derecho a elegir por sí mismo sus pacientes; y supone un abuso de la superioridad que nos da nuestra condición de seres vivos el someter a nuestras exploraciones a quienes no están en aptitud de discernirnos su confianza. Pero, además, los médicos nos equivocamos tantas veces cuando los enfermos están al alcance de nuestras investigaciones directas, que tiene mucho de atrevimiento y pedantería el pretender acertar cuando nos separa de ellos el abismo sin orillas de la eternidad. Sin embargo, la Medicina ha progresado tanto, que meros indicios indirectos pueden bastarnos para formar un criterio apro-

(*) Debo advertir que el texto de la presente Monografía no es enteramente el mismo que el de la Conferencia que di en la Real Academia de la Historia (enero, 1930) y el del volumen publicado sobre idéntico tema. (*Ensayo biológico sobre Enrique IV. de Castilla y su tiempo*. Madrid, 1930.)

ximado a la verdad respecto a hechos que tal vez en los tiempos en que se desarrollaron no pudieron ser interpretados con exactitud. En ocasiones, en efecto, el diagnóstico lo da sencillamente la morfología, y puede bastar, por tanto, para realizarle un buen retrato o una descripción literaria detallada. En cierto modo no sería, pues, aventurado hablar de una arqueología médica. Por ejemplo, un clínico inglés, Addison, descubrió, en 1855, una interesante enfermedad que desde entonces lleva su nombre. Pues bien; yo he publicado la descripción perfecta, precisa y detallada de esta misma enfermedad, realizada tres siglos antes por el padre Sigüenza en su famosa *Historia del Monasterio de El Escorial*¹. Recordemos, entre los españoles los estudios de Comenge² y los recientes e interesantes del doctor Banús sobre el príncipe don Carlos³.

Este tipo de diagnósticos retrospectivos, que a veces son sólo ocupación de médicos desocupados, puede tener

1 MARAÑÓN, *El caso más antiguo conocido de la enfermedad de Adisson*, "Siglo Médico", 1922, 70, 605.

2 COMENGE, *Clínica Egregia*. Barcelona, 1895.

3 SANCHÍS BANÚS. *La enfermedad y muerte del príncipe don Carlos, hijo de Felipe II* ("Archivos de Medicina, Cirugía y Especialidades", 1927, vol. 26, pág. 493). En este certero ensayo, justifica el autor la revisión médica de los personajes históricos, diciendo que la Historia la hacen los caracteres y los caracteres son el núcleo del objeto de la Psiquiatría. Exacto. Pero no sólo la Psiquiatría ha de intervenir en esta labor, sino otras ciencias biológicas y principalmente —cuando ello es posible— las que estudian la morfología y sus interpretaciones patológicas. Ejemplo de esta valoración de lo somático y lo psíquico para rehacer el retrato de personajes pretéritos, es el admirable libro de KREITSCHMER, *Geniale Menschen*. Berlín, 1929.

en otras ocasiones un verdadero interés histórico. Porque nadie ignora con cuánta frecuencia la gran tramoya de los hechos públicos ha sido conducida por individuos o francamente enfermos, o de esos otros que, como los funámbulos en su cuerda, atraviesan la vida balanceándose entre la normalidad y la patología. Y acaso no sería desmedido decir que a esta categoría pertenecen, casi sin excepción, los grandes hombres que han hecho cambiar el rumbo de la historia. Sin un punto de anormalidad en sus directores, la vida de los pueblos se hubiera deslizado por cauces infinitamente más tranquilos; aunque a costa de esta tranquilidad estaríamos todavía en los linderos de la civilización cavernaria. Para citar un ejemplo contemporáneo pensemos en la revolución rusa, la más trascendente de cuantas ha sufrido la humanidad. Pues bien; el hombre de sobrehumana energía que fué su conductor, Lenin, era, según el testimonio que yo mismo he recogido de algunos de sus médicos, un espíritu que planeaba en las alturas vertiginosas de la parálisis. Y esto no envuelve nada despectivo para los grandes artífices de la historia. Quiere decir, simplemente, que hay una fisiología y una normalidad histórica distintas de las que nos sirven como suele decirse, "para andar por casa". Y de su casa no sale nadie para conducir a las muchedumbres si no tiene un superávit de impulsión que desborda de los límites de la normalidad doméstica y burguesa. Otras veces, sin embargo, la enfermedad adopta el tipo degenerativo y actúa en forma de disolución perturbadora sobre los pueblos que tienen la desdicha de soportarla. A este género pertenece la que aquejó a don Enrique IV de Castilla, de que nos vamos a ocupar en este ensayo.

¿Fué don Enrique un ser incapaz, un impotente,

como reza la etiqueta con que ha sido archivado en la Historia, o un pobre hombre calumniado por adversarios victoriosos que, a favor del éxito, que todo lo autoriza y lo sanciona, han hecho perdurable la fábula de su capacidad? Es sabido que los historiadores se dividen frente a este problema en dos bandos, a la verdad, arbitrarios, porque fundan su actitud en razones principalmente sentimentales, de simpatía o antipatía hacia unos u otros de los protagonistas del drama. Algunos cronistas de la época, como Palencia, mosén Diego de Valera y Hernando del Pulgar, fueron los más resueltos propagadores de la escabrosa especie. Y, en realidad, tampoco los partidarios del Monarca, como Enríquez del Castillo, la contradicen abiertamente. De los historiadores posteriores, mientras unos, como Lafuente, admiten la impotencia ⁴, otros la atribuyen a calumnias forjadas por los partidarios de los Reyes Católicos; tal, Mariana ⁵, al que han seguido después otros muchos ⁶. Entre los comentaristas contemporáneos persiste idéntica disparidad: Paz y Melia ⁷ da fe absoluta a la opinión

4 LAFUENTE, *Historia de España*, cap. XXX: "Si no fué impotente por naturaleza, dió ocasión con sus vicios a que por tal se le tuviera y pregonara."

5 MARIANA, *Historia de España*, lib. 22, cap. XX: "Puedese sospechar que gran parte de esta fábula se forjó en gracia a los reyes don Fernando y doña Isabel."

6 ALVAREZ DE LA FUENTE (*Sucesión real de España*, III, página 228) dice, por ejemplo, hablando de la impotencia del Rey y de su intervención en los supuestos devaneos de la Reina: "Malicia fué de aquel tiempo, y en el más adelante, lisonja de los Reyes Católicos."

7 PAZ Y MELIA, *El Cronista Alonso de Palencia*. "The Hispanic Society of America." Madrid, 1914.

de Palencia. Sitges ⁸ la considera como una calumnia vil. Puyol se adhiere también, con entusiasmo, a la tesis de Mariana ⁹. Llanos y Torriglia ¹⁰, a pesar de su partidismo por la Reina Católica, no se atreve a dictaminar sobre la cuestión.

Veamos lo que pueden aportar a este pleito los hechos clínicos examinados por quien como yo no tiene (por ser ajeno al oficio) prejuicios históricos. Pero comen-

8 SITGES, *Enrique IV y la excelente señora llamada vulgarmente doña Juana la Beltraneja*. Madrid, 1912: "Se ha dicho y se ha creído generalmente que fué impotente; pero esta es la falta menos probada que se achaca a Enrique IV, y los textos en que se apoya tal imputación no son de una autenticidad tan evidente que merezcan crédito absoluto." (Pág. 379.)

9 PUYOL, *Los Cronistas de Enrique IV*. Madrid, 1921. "Pero donde la crítica de MARIANA raya a la altura que pueda alcanzar la que más alta llegue, es al juzgar el enmarañado y complicadísimo pleito de la sucesión del trono" (pág. 74). Copia los pasajes en que MARIANA juzga, en el sentido expuesto, esta cuestión y termina: "Para nosotros, es evidente que los párrafos anteriores contienen una apreciación tan exacta como justa de aquella cuestión que de tal modo perturbó la vida de Castilla; y leyendo las *Crónicas* con el desapasionamiento y la serenidad que consiente lo lejano de los hechos, sácase la misma impresión reflejada en la obra de MARIANA, que escribió a poco más de un siglo de distancia de ellos." (Pág. 75.)

BALLESTEROS (*Historia de España*, III, pág. 116) parece inclinarse también en este mismo sentido.

10 LLANOS Y TORRIGLIA, *Así llegó a reinar Isabel la Católica*. Madrid, 1927: "Interesa, por último, al autor hacer constar que ni en este capítulo ni en el resto de la obra define rotundamente por cuenta propia la filiación ilegítima de la Beltraneja." "Si era o no, de hecho, hija de Enrique IV, arcano genésico es, cuya recóndita intimidad no permite que lo esclarezca la crítica histórica." (Página 68.)

zaremos por reconstruir la vida patológica de Enrique IV, y de ella deduciremos después las conclusiones que puedan tener un interés histórico. Para ello nos serviremos de las referencias de algunos viajeros, pero sobre todo de los datos proporcionados por los cronistas de la época; sobre los que antes de seguir es necesario alguna aclaración.

Dice, con gran exactitud, Puyol¹¹ que “el que quiera conocer los sucesos de aquel reinado por las narraciones contemporáneas hallará a mano abundantísimo material, pero le será preciso usar de él con singular cautela para no sufrir a cada instante la desorientación que producen los relatos contradictorios. Prudente advertencia, porque, como es sabido, la pasión que movía las plumas en aquellos años caóticos es sólo comparable a la que empujaba las espadas y vertía en los alimentos la pócima venenosa. Sin embargo, al circunscribirnos, no a sucesos históricos, sino a episodios puramente humanos (cualesquiera que sea su trascendencia histórica), la verdad resalta casi sin dudas a través de enconos y de servilismos. La verdad biológica es, en efecto, mucho más difícil de ser deformada que la verdad histórica, y nos es relativamente sencillo el lograr su auténtico hallazgo en el fondo de los espejismos desconcertantes de la leyenda más apasionada. Las leyendas que se edifican sobre la vida humana de los hombres y no sobre su vida histórica tienen siempre una raíz real; que esa leyenda, deforma pero a la vez fija y esquematiza; de suerte que casi siempre es más ayuda que estorbo para la reconstrucción de la exacta silueta de los personajes pretéritos.

11 PUYOL, op. cit., pág. 7.

Desde este punto de vista nuestro, el cronista preferido tiene que ser Alonso de Palencia. Alabado sin medida por Zurita¹², por Menéndez y Pelayo¹³ y otros; vituperado con encono por Sitges¹⁴; juzgado con severidad por Paz y Melia¹⁵ y por Puyol¹⁶, nosotros queremos sólo hacer resaltar sus grandes dotes de observador y el valor documental de sus relatos; revelan éstos tal perspicacia y veracidad, que de sus *Décadas*, de tan gustosa lectura, hemos recogido buena parte del material del presente ensayo.

Enrique IV fué hijo único de don Juan II y de su mujer la reina doña María, hija de don Fernando de Aragón. El hipotético *Centón* del bachiller Fernán Gómez de Cibdareal¹⁷ nos cuenta cómo tuvo que acudir a una grave hemorragia de la madre; y hace después horóscopos felicísimos sobre el nuevo Príncipe, demostrando así el grave peligro que corren los médicos al pronosticar sobre las cosas públicas. Palencia¹⁸ insinúa

12 ZURITA. Cit. de PAZ Y MELIA, op. cit., pág. LIII.

13 MENÉNDEZ Y PELAYO, *Antología de poetas líricos castellanos*, IV pág. x.

14 SITGES, op. cit.

15 PAZ Y MELIA, op. cit., págs. LIII y siguientes.

16 PUYOL, op. cit., pág. 39: "La maravillosa observación que demuestra en cuanto escribe y las copiosas noticias que proporciona acerca de la vida de aquellos tiempos."

17 Sabida es la atribución de este famoso *Centón epistolario* a diversos autores posteriores a la época, como el CONDE DE LA ROCA, GIL GONZÁLEZ DÁVILA, PELLICER, etc. Esto, que desvanece su valor histórico, no amengua el deleite de su lectura.

18 *Crónica de Enrique IV, escrita en latín por Alonso de Palencia*. Traducción castellana por A. PAZ Y MELIA. Madrid, 1904. Década I, libro I, capítulo 1.º "Así hay confusa noticia de las mu-

que tal vez fué hijo adulterino; pero la herencia de don Juan aparece tan directamente en don Enrique que excluye la posibilidad de esta especie, creada sin duda en el ambiente corrompido de la Corte. Don Juan fué, en efecto, como su hijo, de talla alta “y de grandes miembros, pero no de buen talle”; “de buen gesto, blanco y rubio, los hombros altos y el rostro grande”.¹⁹ Luego comentaremos la reproducción de estos mismos detalles en su hijo. Y desde el punto de vista psicológico encontramos en el padre las mismas cualidades, poco deseables, que luego alcanzaron en don Enrique todo su siniestro esplendor. Fué don Juan, a pesar de la buena fama con que, para algunos, ha pasado a la posteridad, débil de carácter y sugestionable hasta el punto de su vergonzosa sumisión a la larga tutela de don Alvaro de Luna, del que después se desprendió con la crueldad fría que caracteriza a las reacciones de los hombres cobardes cuando pueden tomar estas revanchas, que les justifican de su propia impotencia²⁰. La muerte de don Alvaro, que al fin era un hombre dotado de cualidades políticas superiores, y

chas dudas de las gentes acerca de la legitimidad del Príncipe y de susurrarse no ser hijo de don Juan. Claro es que este rumor no pudo divulgarse durante su reinado con mayor libertad, que al natural temor comportaba; mas la duda ofrecía muchos fundamentos, que el Rey cuidó de disimular, principalmente por tener más hijos de su mujer y prima doña María.”

19 *Generaciones, semblanzas e obras de los excelentes reyes de España don Enrique el Tercero e don Juan el Segundo*, ordenadas por FERNÁN PÉREZ DE GUZMÁN.

20 “Los más sesudos —dice el propio PALENCIA— consideraron el castigo demasiado cruel.” “Con razón censurarán los discretos la maldad del Rey” (op. cit., I, 2, 7.º). Todo este capítulo es de un interés dramático y de una belleza literaria insuperables.

que supo mantener al Monarca en una digna limitación, dejó en libertad sus instintos, entregándose desde entonces a todo género de voluptuosidades y excesos, que no tardaron en matarlo. Toda su historia es un tejido de abdicaciones, de sensualidades desaforadas y de injusticias; sin que baste a mejorar este grave juicio su reconocida afición a la lectura de poetas y filósofos y al arte musical, que también transmitió a don Enrique²¹. Fué, sin duda, lo que hoy llamaríamos un intelectual; pero ni entonces ni ahora debe servir este título, como a veces ocurre, de patente de corso para ningún género de fechorías.

Doña María, la Reina, “la que, según Palencia, no halló en el matrimonio el menor goce”, murió joven y, a la verdad, de un modo tan extraño que no hace nada inverosímil la sospecha de que fuese envenenada, como su hermana la Reina de Portugal, desterrada en Toledo y madre de la princesa doña Juana, segunda esposa de don Enrique IV, de la que tanto tendremos que ocuparnos. Nada aportaron los datos que de ella pueden recogerse al interés de nuestra historia clínica²².

De la infancia y juventud de don Enrique se conser-

21 “Placiale oír hombres avisados y notaba mucho lo que de ellos oía; sabía hablar y entender latín; leía muy bien; placíanle mucho libros e historias; oía de muy buen grado los decires rimados y conocía los vicios de ellos”; “sabía del arte de la música; cantaba y tañía bien, y aun justaba bien”. FERNÁN PÉREZ DE GUZMÁN, op. cit., XXXIII. En ésta y en todas las demás citas análogas del presente ensayo, hemos hecho la transcripción en el castellano actual, ya que no se trata de un estudio erudito, sino de un documento biológico.

22 Léase lo referente a la historia esquizoide de la dinastía en el estudio de SANCHÍS BANÚS, ya citado, nota 3.

van noticias confusas, pero no exentas de interés. Todas ellas coinciden en la debilidad de su carácter y en su fácil sugestionabilidad, que le convirtieron desde el primer momento en un instrumento pasivo de don Juan Pacheco, intencionadamente puesto a su lado por don Alvaro de Luna. “Ninguna cosa se hacía más de cuanto él mandaba”, dice ya la Crónica de don Juan ²³ y así lo repiten los demás historiadores.

También están todos de acuerdo en que en estos años de la mocedad se entregó el Príncipe a “abusos y deleites de los que hizo hábito,” “y de donde le vino la flaqueza de su ánimo y disminución de su persona ²⁴. Estos “deleites que la mocedad suele demandar y la honestidad debe negar”, según la conocida frase de Pulgar ²⁵, resultan muy equívocos, pues este autor aplica, en otra parte, los mismos adjetivos a amores sexualmente correctos como los de la reina doña Juana ²⁶; en tanto que Palencia insinúa que pudieran ser relaciones de tipo homosexual, como luego veremos con mayor detalle ²⁷.

23 *Crónica de don Juan II*. Año de 1440. Cap. XXII.

24 HERNANDO DEL PULGAR, *Crónica de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel de Castilla y Aragón*, c. IV.

25 HERNANDO DEL PULGAR, *Los claros varones de Castilla*. I. *Del Rey Don Enrique IV*.

26 HERNANDO DEL PULGAR, *Crónica de los Reyes Católicos*, capítulo IV.

27 Al saberse el fracaso nupcial de doña Blanca (don Enrique tenía dieciséis años), dice PALENCIA que “empezaron a circular atrevidos cantares y coplas de palaciegos ridiculizando la frustrada consumación del matrimonio y aludiendo a la mayor facilidad que don Enrique encontraba en sus impúdicas relaciones con sus cómplices. Era el principal de ellos don Juan Pacheco” (op. citado, I, 1, 8.º). Fuesen normales o anormales, estos abusos deberán

Lo seguro es que la juventud de don Enrique inició ya las dos grandes líneas de su psicología: la abulia y la sensualidad anormal. Aquella abulia le convirtió en dócil instrumento de sus consejeros, o por mejor decir, dictadores; y esta circunstancia da una falsa apariencia de inquietud y rebeldía a la primera parte de su actuación pública. Hernando del Pulgar insiste en hacerlo constar así²⁸.

A los diez y seis años empieza la vida conocida del Monarca con su matrimonio con doña Blanca de Navarra. Adelantemos, para pisar sobre seguro, que los hechos que podemos recoger de su biología nos permiten

ser muy precoces y de corta duración, pues, como veremos después, ya a los doce años, según el informe de su médico Fernández de Soria, se empezó a manifestar su impotencia. Conviene insistir en esto, porque es una idea generalizada, incluso entre los eruditos, que don Enrique fué en su juventud un varón activísimo, no declarándose su impotencia hasta su madurez. Yo mismo lo pensé así, antes de haber recogido y meditado los datos que ahora me han servido para componer este ensayo. Es sabido que a veces los individuos afectados de reacciones acromegaloides, como la de don Enrique, tienen una fase juvenil de hipersexualidad. Recientemente he descrito varios de estos casos. (MARAÑÓN, *L'action sexuelle des glandes endocrines non genitales*. "Revue française d'Endocrinologie", 1930.) Pero no es éste, sin duda, el caso de nuestro Trastámara, que fué tímido y débil sexual desde sus comienzos. Su pretendida juventud licenciosa es tan hipotética como las rebeldías y turbulencias políticas que se le achacan en estos mismos años, con idéntica falta de razón. (Véase la nota 28.)

28 "Desobedeciendo algunas veces al Rey su padre, no porque de su voluntad procediese, mas por enduzimientos de algunos que, siguiendo sus propios intereses, le traían a ello." "Por enduzimientos y persuasiones de algunos que estaban cerca de él, en su consejo, y más que procediendo de su voluntad, tuvo algunas diferencias con este rey de Aragón." (*Los claros varones de Castilla*, I.)

juzgarle, con seguridad, como un esquizoide con timidez sexual; diagnóstico que, como después veremos, encaja por completo en lo que puede deducirse de su examen morfológico.

La *Crónica* de Juan II ²⁹ describe al pormenor la ceremonia nupcial, rematándola con la repetida frase de que la Princesa quedó “tal cual nació, de que todos tuvieron gran enojo”, que repiten con variantes los demás cronistas ³⁰.

Dado el temperamento del recién casado, su edad juvenil y el indiscreto aparato que entonces rodeaba a la primera reunión nupcial ³¹, no podemos sorprender-

29 *Crónica de Juan II*. Año de 1440. Cap. XV.

30 “El Rey y la Reina durmieron en una cama, y la Reina quedó tan entera como venía, de que no pequeño enojo se recibió por todos.” (MOSÉN DIEGO DE VALERA, *Memorial de diversas hazañas*, cap. VII.) Las noticias de este cronista son interesantes, a este respecto, pues tal vez pudiera estar bien enterado de las intimidaciones de la Corte por su padre, Alonso Chirino, que fué médico de don Juan II. (Véase GONZÁLEZ PALENCIA, *Alonso Chirino*, “Boletín de la Biblioteca de Menéndez y Pelayo”, 1924.) “La Princesa quedó tal cual naciera.” (PALENCIA, op. cit., I, I, I.º)

31 MOSÉN DIEGO DE VALERA (op. cit., cap. LII) describe así —y lo transcribimos ahora por vía de ejemplo— la noche de bodas de don Fernando y doña Isabel, los futuros Reyes Católicos: “El Príncipe y la Princesa consumaron su matrimonio. Y estaban a la puerta de la cámara ciertos testigos puestos delante, los cuales sacaron la sábana que en tales casos suelen mostrar, además de haber visto la cámara do se encerraron.” Con tales precauciones era, en efecto, difícil que escapase a la investigación de la posteridad lo ocurrido entre los cónyuges; pero, por otra parte, debía hacerse particularmente enojosa la primera reunión nupcial, ya de suyo delicada. Luego veremos que Enrique IV omitió estos requisitos en su segundo matrimonio, escarmentado, sin duda, de su

nos de este primer fracaso. Suponiendo que fuera el primero, pues, según Palencia ³², ya “desde su niñez había manifestado señales de su futura impotencia”. Sea cierto o no, el hecho es que el matrimonio con doña Blanca no llegó nunca a consumarse, y precisamente en las condiciones típicas de la timidez sexual, que condiciona imperfectamente estos primeros reflejos eróticos. Así se desprende de la magistral descripción de Palencia cuando nos dice ³³ que “durante algún tiempo no despreció abiertamente a su esposa”; pero luego la huía, demostrándolo con sus “repentinias ausencias, la conversación a cada paso interrumpida, su adusto ceño y su afán por las excursiones a sitios retirados”; frases que dibujan con exactitud la silueta del hombre obsesionado por la preocupación sexual.

Es hoy incuestionable la realización de esta primera coyunda después de conocer la sentencia de su nulidad de matrimonio publicada por la Real Academia de la Historia ³⁴, en la cual consta que de los doce años que duró la coyunda los reyes cohabitaron tres, sin lograr llevarla a cabo a pesar de que el Príncipe “había dado obra con verdadero amor y voluntad y con toda operación a la cópula carnal”; y a pesar de que en este tiempo se le procuraron todos los auxilios posibles, “así por devotas oraciones a nuestro Señor Dios hechas, como por otros remedios”. Pero todo —lo divino y lo humano—

público fracaso en el primero. Es sabido que esta costumbre de mostrar la sábana, testimonio de la consumación nupcial, ha persistido hasta hace poco en algunos pueblos de España.

32 PALENCIA, op. cit., I, I, 1.º

33 PALENCIA, I, I, 2.º

34 La reproduce SITGES, op. cit., pág. 47.

falló. Entre estos remedios se encontrarían los que, según Zurita³⁵, le enviaban desde Italia los embajadores que el Rey tenía allí.

En esta sentencia se alude concretamente a un punto de importancia para juzgar de si la impotencia del Rey fué completa o episódica y localizada sólo en determinadas relaciones sexuales, como es frecuente que le ocurra a los tímidos. Se habla, en efecto, en ella de que el Príncipe tenía relaciones frecuentes con mujeres de Segovia, las cuales fueron visitadas por “una buena, honesta y honrada persona eclesiástica” que bajo juramento se informó sobre esta delicada cuestión, resultando que el egregio amante “había habido en cada una de ellas trato y conocimiento de hombre a mujer así como cualquier otro hombre potente y que tenía una verga viril firme y daba su débito y simiente viril como otro varón y que creían que si el dicho señor Príncipe no conocía a la dicha señora Princesa es que estaba hechizado o hecho otro mal; y que cada una le había visto y hallado varón potente como otros potentes”.

La última parte de esta declaración trasluce demasiado el fin político del documento y quita casi todo su valor informativo a la afirmación más importante, que es la de que don Enrique no logró su matrimonio con doña Blanca, no por incapacidad insuperable, sino por lo que entonces se llamaba un “legamento” o hechizo y hoy una impotencia psíquica limitada a una determinada mujer por el mecanismo que después será explicado.

No puede, ciertamente, darse a esta declaración de las mujeres, a través de un clérigo interesado, el valor decisi-

35 Cit. de PUYOL, op. cit., pág. 70.

vo a favor de la virilidad del Rey que pretende Sitges, para el cual queda con esto destruída “la leyenda de la impotencia”³⁶. Pero tampoco estamos autorizados, después de conocida, a desechar en absoluto la posibilidad de otras relaciones extraconyugales. Con todas sus márgenes de error, es, sin embargo, más interesante esta declaración de las amantes públicas del Rey que los informes médicos que echa de menos Comenge³⁷; pues los doctores, en estos casos, no suelen seguir tan fielmente a la verdad científica como a la conveniencia de su real clientela; aparte de que, en último término se puede en estos casos certificar, por los técnicos, la normalidad o anormalidad anatómicas, pero no la capacidad funcional, que es independiente de aquélla, y que es la que en estos casos interesa. Por ello no nos merece mayor confianza que las alusiones copiadas de la sentencia el famoso y sospechosísimo informe del doctor Juan Fernández de Soria, al que dan tanta importancia los historiadores partidarios de la rehabilitación de Enrique IV. Según Colmenares³⁸, dicho médico de Juan II, y después del Príncipe, examinó a éste, declarando que “desde la hora en que nació estuvo a su servicio y rigió su salud sin conocerle defecto alguno hasta los doce años, que perdió la fuerza por una ocasión; lo cual sabían el Obispo Barrientos su maestro, y Pedro Fernán-

36 SITGES, op. cit., pág. 57: “En cuanto a la impotencia de Enrique IV, está desmentida en la sentencia en términos tan claros y crudos, que no cabe torcida interpretación.”

37 COMENGE, op. cit., cap. XX.

38 COLMENARES, *Historia de Segovia*, cap. XXXI. Según SITGES, en ZURITA y en el historiador portugués NUNES DE LEAO se halla la misma referencia, cuyo original no se ha podido encontrar.

dez de Córdoba, su ayo y nuestro Ruiz Díaz de Mendoza³⁹; y que de esta ocasión nació el impedimento o maleficio con la infanta doña Blanca de Navarra. Pero que después recobró la aptitud perdida, y concluyó afirmando que doña Juana era verdadera hija del Rey y de la Reina". También aquí deja transparentar demasiado nuestro remoto colega el designio político y el deseo de complacerle por encima de la verdad rigurosa.

Hay que anotar, por lo demás, para ser exactos, que al lado de estos testimonios, favorables a la virilidad del Rey, de las mujeres de Segovia y del doctor de Cámara, hay otros que no concuerdan con ellos. Por ejemplo, Hernando del Pulgar⁴⁰, después de referir el matrimonio infructuoso con doña Blanca, añade: "ni menos se halló

39 A esto se refería, sin duda PALENCIA al decir, como ya hemos copiado, que la impotencia de Enrique IV era conocida desde su niñez, y constituye una prueba más de que, más o menos apasionado, el famoso cronista manejaba, por lo común, datos verídicos. No miente, pues, cuando dice que esta impotencia fué "confirmada por los médicos", pues del informe de Soria lo único que tiene aspecto de realidad es la afirmación de la incapacidad total o relativa, de su real paciente; la interpretación del "maleficio" no tiene, desde luego, el menor valor científico.

40 HERNANDO DEL PULGAR, *Crónica de los Reyes Católicos*, capítulo IV.—COMENGE (op. cit., cap. XX) atribuye estas palabras "al sabio Nebrija" (?).—También, en sus *Claros varones*, dice PULGAR que don Enrique "tenía comunicación con otras mujeres, y nunca pudo tener con ninguna allegamiento de varón".—Finalmente, BARRANTES MALDONADO (*Ilustraciones de la Casa de Niebla*, vol. II) dice: "Cuán notoria fuese la impotencia del Rey don Enrique mostróse" "en otras muchas mujeres, nobles e innobles, virginales y corruptas, con quienes él trató de haber acceso, las cuales públicamente confesaban la impotencia del Rey, cuyos nombres de algunas de ellas cuentan las crónicas".

que hubiese (relación sexual) en todas sus edades pasadas con ninguna otra mujer, puesto que amó estrechamente a muchas, así dueñas como doncellas, de diversas edades y estados, con quienes había secretos ayuntamientos, y las tuvo de continuo en casa y estuvo con ellas solo en lugares apartados, y muchas veces las hacía dormir con él en su cama; las cuales confesaron que jamás pudo hacer con ellas cópula carnal. Y de esta impotencia del Rey no solamente daban testimonio la Reina doña Blanca, su mujer, que por tantos años estuvo con él casada, sino todas las otras mujeres con quienes tuvo estrecha comunicación; mas aun los físicos y las mujeres, y otras personas que desde niño tuvieron cargo de su crianza”⁴¹.

Tienen estos detalles, a pesar de la posición política de Pulgar, contraria al Rey, tal aire de autenticidad y concuerdan, además, de tal modo con los datos morfológicos que luego comentaremos, que el observador actual tiende a darles un gran margen de crédito. Pero dejando a un lado el que tuviese o no relaciones extraconyugales, punto que no se puede rechazar en absoluto, lo indudable es que en los trece años de su unión con la primera Reina no se consumó el matrimonio, atestigüándolo así al final de la sentencia “dos dueñas honestas”, “matronas casadas, expertas *in opere nuptiale*”, que, bajo juramento, declararon después de catar a la Princesa, que “estaba virgen incorrupta, como había nacido”⁴². Así se volvió la desgraciada Princesa a sus tierras de Navarra.

41 Se refiere a los personajes que cita el médico Fernández de Soria en su informe, antes mencionado.

42 Esta declaración de la virginidad postnupcial de doña Blanca se reconoció, por tanto, públicamente y en un documento ama-

Nuestra conclusión de que la impotencia del Rey fué cierta, pero que fué sólo relativa —hipótesis ya indicada por Comenge⁴³— y ligada con su psicología esquizoide, se confirma por el hecho, bien comprobado, de que la anulación del matrimonio con doña Blanca se hizo ya pensando en una nueva unión conyugal⁴⁴. Por cínico y exhibicionista que fuera don Enrique —y luego veremos hasta qué punto lo era— no parece verosímil que se aprestara a esta segunda aventura sin tener un resto de confianza, más o menos fundada, en sus fuerzas. Y al dirigirse a sus prelados y caballeros daba como razón de su casamiento que “la generación del linaje humanal es preciso que vaya de gentes a gentes, y los nombres de los padres revivan en los hijos”; y “por esto —añadió— como yo esté sin mujer sería gran razón de casarme, así por el bien de la generación que me suceda en estos reinos como porque mi real estado con mayor autoridad se re-

ñado por el mismo Rey. No parece, pues, exacto que éste achacase a su frustrada esposa la falta de sucesión, como afirman PALENCIA (“Don Enrique atribuía la esterilidad a su esposa y no a su propia impotencia”: op. cit., I, 3, 5.º) y PULGAR (“el defecto de la generación, que él imputaba a ella”: *Claros varones*, I). Es de notar que ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, cronista partidario del Rey, no habla para nada de la boda con doña Blanca, ya que su relación empieza con la muerte de don Juan II.

43 COMENGE, op. cit., cap. XX.

44 “Es sabido que el casamiento con doña Juana de Portugal se gestionaba bastante antes de pronunciarse la sentencia de divorcio.” (SIRGES, op. cit., pág. 59.)—PISA (*Descripción de la Imperial ciudad de Toledo*. Primera parte. Toledo, 1617) explica este segundo casamiento con una frase llena de irreverente naturalidad: “Después le dió gana de casarse con doña Juana.” (Pág. 204.)

presente”⁴⁵. Poco después se celebró, en efecto, su matrimonio con doña Juana, hermana del Rey de Portugal, “de la que había oído ser muy señalada mujer en gracias y en hermosura”. Parece, pues, que al lado de las razones políticas, que no son de nuestra competencia, había evidentes razones biológicas en la preparación del nuevo enlace, que tantos sucesos memorables había de engendrar para la historia de Castilla y del mundo.

No debía, sin embargo, tenerlas todas consigo el Rey —y ello confirma nuestro diagnóstico— pues en la primera entrevista con la hermosa prometida, que sólo contaba quince años, contrastaba la algazara y el lujo del séquito con la actitud de don Enrique, que Palencia, al que el fino espíritu de observación salva de todos sus apasionamientos, describe así: “no era su aspecto de fiestas, ni en su frente brillaba tampoco la alegría, pues su corazón no sentía el menor estímulo de regocijo; por el contrario, el numeroso concurso y la muchedumbre, ansiosa de espectáculo, le impulsaba a buscar parajes escondidos; así que, como a su pesar y cual si fuese a servir de irrisión a los espectadores, cubrió su frente con un bonete, y no quiso quitarse el capuz”⁴⁶. Perspicaz pintura del tímido frente a los acontecimientos azarosos de una noche de bodas, sobre todo para quien, como él, tenía del lance tan escarmentada experiencia.

No se sabe exactamente lo que ocurrió en ella, pues, al parecer, don Enrique había tenido la precaución, har- to sospechosa y no comentada por los historiadores, de

45 *Crónica del Rey Don Enrique el Cuarto de este nombre por su capellán y cronista Diego Enríquez del Castillo*, cap. XIII.

46 PALENCIA, op. cit., I, 3, 10.

derogar para esta segunda luna de miel “la antigua y aprobada ley de los Reyes de Castilla, la cual prescribe que al consumarse el matrimonio se encuentren en la real cámara un notario y testigos”⁴⁷. Siendo la restauración de esta ley precisamente una de las peticiones suplicadas al Monarca en la reunión de nobles y preladados, que por iniciativa del Marqués de Villena se reunió años después en Alcalá de Henares⁴⁸. Respecto a la vida conyugal ulterior del nuevo matrimonio, las noticias son particularmente embrolladas, pues la pasión política culminó al comentarla, ya que de su curso normal o anormal dependía el pleito de la legitimidad de doña Juana *la Beltraneja*, que tan hondamente dividió a los españoles.

Que el Rey era impotente, por lo menos de un modo parcial, como lo son los tímidos sexuales, no puede dudarse, después de los datos anteriormente expuestos. Esta era, por lo demás, la creencia general en todo el Reino. En los documentos de la época no se encuentra afirmación alguna en contra, ni aun entre los amigos del Rey, que, por lo menos, se callan discretamente. Los autores que lo ponen en duda, como Mariana, Sitges, etc., son siempre críticos alejados de la época de los sucesos. Tal vez entre sus contemporáneos “algunos querían suponer que había dejado alguna vez de serlo” (impotente)⁴⁹. Pero la opinión popular era unánimemente favorable al diagnóstico, como lo demuestran los chistes y los

47 PISA (op. cit., pág. 203) da por hecho el fracaso de esta segunda noche de bodas con palabras tomadas del relato, por los cronistas, de la boda con doña Blanca: “y la noche de la boda la Reyna quedó como vino y como el día en que nació.” (Véase la nota 30.)

48 PALENCIA, op. cit., I, 7, 1.º

49 PALENCIA, op. cit., I, 6, 5.º

juicios acerbos que corrieron el día de boda ⁵⁰; las coplas de los ingenios callejeros y, finalmente, las impresiones recogidas por los viajeros, como Münzer ⁵¹, de que luego hablaremos, y Tetzels, uno de los acompañantes del Barón de Rosmihal, que vió a la Corte en Olmedo y recoge la creencia general de que “el Rey no la quiere (a la Reina) y no yace con ella, y hasta dicen que no puede haberse con ella como marido” ⁵². Es difícil admitir que un hecho totalmente inexacto tuviera un estado de opinión tan unánime, porque así como la gente yerra cuando se trata de juicios éticos, suele tener siempre un fondo de razón cuando sentencia sobre hechos concretos de esta categoría ⁵³.

50 “Así el Conde Don Gonzalo de Guzmán, que no conoció rival en su época en las bromas, chistes y agudezas, decía, burlándose de aquella vana celebración de las bodas, que había tres cosas que no se bajaría a coger si las viese arrojadas en la calle; a saber: la virilidad de don Enrique, la pronunciación del Marqués y la gravedad del Arzobispo de Sevilla.” (PALENCIA, op. cit., I, 3, 10.º) Realmente, ahora no nos hace demasiada gracia el chiste del Conde don Gonzalo. El Conde de Plasencia decía de don Enrique que “no podía llamarse hombre, con justicia, puesto que nada de tal en él se encontraba, y había tenido la avilantez de hacer pasar por suya la prole ajena, siendo de todos reconocida su impotencia.” (PALENCIA, I, 7, 3.º)

51 MÜNZER, *Viaje por España y Portugal en los años de 1494 y 1495*. Versión del latín, noticia preliminar y notas por J. PUYOL. Madrid, 1924.

52 *Viajes por España*, anotados y con una introducción, por A. M. FABIÉ. Madrid. “Libros de antaño”, 1889.

53 Adelantemos desde ahora, que hay que separar, sin embargo, el problema de la impotencia del Rey, que no parece dudoso (impotencia incompleta), del de la legitimidad o ilegitimidad de doña Juana la Beltraneja, que es absolutamente discutible, a pesar del ambiente favorable a la hipótesis adulterina.

Los cronistas, como ya hemos dicho, admiten también la especie de la incapacidad regia, unos con reiteración y encono, como Palencia; otros, con moderación caritativa, como Diego de Valera⁵⁴ y Hernando del Pulgar⁵⁵, y aun el mismo Castillo, defensor sistemático del Rey, afirma que al nacer doña Juana “fué gran sospecha en los corazones de las gentes sobre esta hija, pues muchos dudaron ser engendrada de sus lomos del Rey”⁵⁶.

Mas quizá el argumento de mayor importancia, a pesar de su carácter psicológico, nos le da la mansedumbre y perfecta indiferencia con que don Enrique recibió y leyó la carta enviada por los Grandes reunidos en Burgos, en la que le decían que “en gran perjuicio y ofensa de todos sus reinos y de los legítimos sucesores sus hermanos, había hecho pasar por princesa heredera a doña Juana, hija de la reina doña Juana, su mujer, sabiendo él muy bien que aquélla no era su hija”. Los de “su Real Consejo, servidores y criados, como los otros que seguían su partido, fueron no solamente maravillados, mas tristes y

54 “Todos los discretos hacían burla conociendo ser tan vana la boda tercera como la primera y segunda.” (Op. cit., cap. XXXIII.) Se refiere, al hablar de la “tercera boda”, a las nuevas velaciones que hizo don Enrique con su segunda mujer, doña Juana, al morir en Navarra la primera, doña Blanca.

55 “La Reyna Doña Juana concibió, de lo cual todos los del reino tuvieron gran escándalo, porque, según la impotencia del Rey, conocida de muchas experiencias, etc.” (*Crónica de los Reyes Católicos*, cap. I.) “Lo cual, sabido por algunos prelados y caballeros, y por algunos religiosos de buena intención, a quienes la impotencia del Rey para engendrar era notoria, etc.” (Ibidem.) “En este segundo casamiento se manifestó su impotencia.” (*Claros varones*, I.)

56 ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, op. cit., cap. CXXIV.

muy descontentos, viendo cuán tibiamente y con cuánta flojedad” se enteraba el pacífico marido de esta misiva injuriosa. Castillo, su cronista de Cámara, lo califica de “desvergüenza y maldad”⁵⁷. Pero el hecho de esta increíble mansedumbre es insuperablemente elocuente, porque revela a un hombre no sólo abyecto —o excesivamente bondadoso, como algunos pretenden— sino, además, convencido de que no tenía razón para enfadarse. Otro tanto puede decirse, pero aún con mayor motivo, del pacto de Guisando, en el que el Rey suscribió su propia deshonra del modo más solemne al desposeer a su presunta hija del título de heredera. No sin cierta aparente razón pudieron considerar sus enemigos este documento como “un juramento ante Dios y ante los hombres de que aquella doncella no era hija suya, sino fruto de ilícitas relaciones de su adúltera esposa” (Palencia)⁵⁸. Sitges supone que el Rey “no se dió cuenta de lo que firmaba, o bien que esta cláusula deshonorosa se ha interpolado posteriormente en un documento, cuyo original se desconoce”⁵⁹; pero nada abona esta gratuita afirmación. Lo cierto es que don Enrique sentía la pesadumbre de su incapacidad, total o parcial, y ello le impidió reaccionar dignamente contra lo que (fuese verdad o mentira) era denigrante para su persona y para los suyos.

Por audaces que fueran —y desde luego lo eran mucho— sus enemigos no se hubieran atrevido, finalmente, a llevar estas historias al mismo Papa, con expresión detallada de pormenores difíciles de inventar en su totalidad⁶⁰.

57 ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, *op. cit.*, cap. LXV.

58 PALENCIA, *op. cit.*, II, I. 4.º

59 SITGES, *op. cit.*

60 PALENCIA, *op. cit.*, I, 7, 3.º

El simple examen de las referencias históricas nos conduce, pues, a la certeza de una anormalidad profunda en los instintos de don Enrique. Ahora bien; esta afirmación no implica la seguridad de que la hija de doña Juana, la desgraciada *Beltraneja*, fuera fruto de adulterio, como supusieron la mayoría de los españoles. La clase de impotencia que, como hemos visto, debió padecer el Rey, no era, según todos los indicios, una impotencia absoluta, y pudo muy bien permitirle alguna relación aislada, más o menos trabajosa y deficiente; pero es bien sabido que una vida humana se engendra a veces en las condiciones más desfavorables y más apartadas de la buena técnica. Todos los médicos podríamos aportar la experiencia de casos de hombres casi totalmente impotentes que, sin embargo, han logrado engendrar, sin fraude alguno, uno o varios hijos. No puede, por tanto, negarse que cuando la Reina juraba después de recibir la Eucaristía en la Catedral de Segovia que doña Juana era su hija legítima⁶¹, y cuando don Enrique hacía la misma declaración desdiciéndose de su afirmación de Guisando⁶² y en el momento de morir⁶³, quizá no min-

61 “Hago juramento a Dios y a Santa María y a la señal de la Cruz que con mi mano derecha corporalmente toqué... que yo sé cierto que la dicha Princesa Doña Juana es hija legítima y natural del Rey mi señor y mía, y que por tal la reputé y traté y tuve siempre, y la tengo y reputo ahora.” (SITGES, op. cit., pág. 312.) Los nobles, a continuación, reconocieron también a doña Juana como “hija de dicho señor rey”.

62 “El Rey respondió que creía ser hija suya, y que con tal certidumbre de hija la tenía y había tenido desde que nació.” (ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, op. cit., cap. CXLVII.) “Yo tengo por muy cierto que dicha Princesa Doña Juana es mi hija legítima y natural.” (PALENCIA, op. cit., II, 3, 5.) Véase también la escritura

tieron a sabiendas; o, por lo menos, se acogieron leal-

que publica SITGES (op. cit., pág. 234) sobre el casamiento de doña Juana con el Rey de Portugal o con el infante don Enrique: "porque yo tengo por muy cierto que dicha Princesa Doña Juana es mi hija legítima y natural, y que dicha sucesión le pertenece justa y directamente."

63 (Pág. 34.) HERNANDO DEL PULGAR (*Crónica de los Reyes Católicos*, capítulo XI) dice, en efecto, que don Enrique, poco antes de morir, dictó a su notario, Juan de Oviedo, una nota en que habla de "la Princesa su hija". PALENCIA (op. cit., II, 10, 9.º) refiere la postre-
ra conversación del Rey moribundo con fray Juan de Mazuelos, en la que solemnemente dijo: "Declaro a mi hija heredera de los reinos." DIEGO DE VALERA, (op. cit., cap. C) cuenta esta conversación con gran pormenor: en ella el fraile exhortó al Monarca a que en el supremo trance confesase la verdad, teniendo en cuenta "vuestra notoria impotencia en el ayuntamiento de las mujeres". Hasta en los instantes solemnes de la muerte le siguió la acusación de su falta menos grave, porque es la única que no pudo remediar. Con solemnidad se refiere esta conversación, entre otras razones, en pro de la legitimidad de doña Juana la Beltraneja, en el importante manifiesto que ésta, al morir su padre, dirigió a los españoles; documento cuya autenticidad parece inconcusa después de la monografía que acaba de publicar don JOSÉ FERNÁNDEZ DOMÍNGUEZ (*La Guerra Civil a la muerte de Enrique IV*. Zamora, 1929), en la que reproduce y transcribe un ejemplar original del documento dirigido a la ciudad de Zamora y hallado por este investigador en el Archivo Municipal de dicha ciudad. Mucho se ha debatido si, aparte de estas declaraciones verbales, don Enrique dejó testamento escrito en el que hiciese declaración de la legitimidad de doña Juana. DAMIAO DE GAES (*Crónica do Principe Don Joam*, cap XLI) y otros historiadores, principalmente portugueses, afirman la existencia de ese documento, decisivo para apoyar los derechos de la Beltraneja. Otros —salvo todos los cronistas españoles partidarios de doña Isabel— niegan que tal documento existiese. No corresponde a nuestro propósito detallar esta polémica de puro valor histórico.

mente a ese cálculo de probabilidades, en que a menudo aparece envuelto el problema de una determinada paternidad; problema que en ocasiones sólo podría resolver la infinita sabiduría de Dios. Castillo ⁶⁴ dice que don Enrique, cuyo pensamiento conocía muy bien, “jamás la denegó (*a la Beltraneja*) por su hija; antes, en público y en secreto, siempre afirmó ser suya y la tuvo por tal”; pero claro está que aun suponiendo a esta afirmación limpia de toda conveniencia política, es la menos importante de todas en el terreno biológico:

Queda, pues, y quedará, desde un punto de vista estricto, en un misterio perdurable el problema de la legitimidad de doña Juana *la Beltraneja*, y es inútil querer resolver *a posteriori*, por razones de pura simpatía o antipatía hacia unos u otros de los protagonistas de este drama. Pero hemos de insistir por ahora en que la indudable impotencia del Monarca no excluye la posibilidad de una fecundación episódica, tal vez ayudada por los recursos heroicos de la terapéutica de aquellos tiempos, entre los que no sería inverosímil que se empleasen los métodos de fecundación artificial, ya entonces en uso, a los que se refiere el viajero Münzer ⁶⁵ en el curioso relato traducido y publicado por Puyol, pasaje que éste ha de-

64 ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, op. cit., cap. CXXIV.

65 MÜNZER, loc. cit., pág., 163: “Fecerunt medici cannam auream, quam Regina in vulvan recepit, an per ipsam semen inicere posset; nequivit tamen. Mulgere item fecerunt feretrum eius et exivit sperme, sed aquosum et sterile.” Una referencia del mismo tipo es la que copia PAZ Y MELIA (op. cit., pág. LIX) de un manuscrito en la Biblioteca Nacional, en la que se dice expresivamente que doña Juana “fué fecundada antes de desflorada”, explicándolo así: “Fuerunt qui seminis secum in hostia effusi sacros penetrasse posticulos affirmavere.”

jado, por un pudor excesivo, en su lenguaje original. Nada tendrían de extrañar tales prácticas, dadas las circunstancias especiales que se daba a este matrimonio; y nada lo tiene tampoco el que esa noticia nos haya llegado prendida en los rumores del arroyo, y no consignada en los documentos oficiales o semioficiales. Es natural que, en cualquier época de la Historia, ciertos aspectos de la vida estrictamente íntima de los palacios puedan saberse tal vez en los corrillos callejeros, pero nunca, desde luego, en los documentos oficiales o en los libros de historia.

Lo indudable es que a partir del nacimiento de doña Juana se acentúa el carácter retraído y misántropo del Rey. Sólo episódicamente se habla ya de sus relaciones con doña Beatriz de Sandoval y con doña Guiomar, su amante más conocida⁶⁶; relaciones que tienen todo el carácter de episodios exhibicionistas, que abonan más que contradicen la hipótesis de la flojedad de don Enrique, como luego veremos; y en cuanto a doña Juana, era absoluto su apartamiento de ella, ya por la distinta vida que ambos realizaban en la Corte, ya, posteriormente, por la reclusión de la Reina en la fortaleza de Alaejos⁶⁷.

⁶⁶ En 1465, es decir, diez años después de la boda con doña Juana y del comienzo de los supuestos o reales amores entre doña Guiomar y el Rey, vivía aquélla en Guadalupe, "porque el Rey, queriendo satisfacer en esto los deseos de don Beltrán y de la Reina, la había alejado de su trato, aunque la consideraba mucho y deseaba verla casada con alguno de los Grandes." (PALENCIA, opúsculo citado, I, 8. 4.º) El elegido fué Francisco Valdés, favorito del Rey. Luego nos referiremos al sentido psicólogo de este intento.

⁶⁷ Don Enrique la visitó alguna vez en Alaejos, "pero no estuvo mucho tiempo *en su vana e infructuosa compañía* (PALENCIA, op. cit., I, 10, 9.º). Es decir, mera visita de cortesía.

Hoy podemos relacionar seguramente con la creciente pesadumbre de su preocupación sexual la honda y extravagante melancolía que impulsaba al Monarca a aislarse y a huir con tenacidad el trato de las gentes ⁶⁸, dedicándose a recorrer los montes, no tanto por el placer de cazar, al que fué, como su padre, excesivamente aficionado, cuanto por evitar la sociedad de los hombres. En estas excursiones se reunía de preferencia con rufianes y gente de baja estofa. Mostraba tanto amor a las alimañas de sus bosques, que los ciervos y jabalíes, respetados por orden suya, devastaban los campos vecinos ⁶⁹. Iba siempre vestido pobremente, con largo sayo, capuces y capas de lana de color obscuro ⁷⁰. Todos los historiadores, adversos y partidarios, refieren escenas reveladoras de la pusilanimidad de su ánimo. Cuando supo la prisión del Marqués de Villena, por ejemplo,

68 “Estaba siempre retraído.” “Toda conversación de gentes le daba pena” (ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, op. cit., cap. I). “Recorría, pues, don Enrique escondidos bosques e intrincadas selvas, persiguiendo fieras, y huía del trato de las gentes” (PALENCIA, op. cit., I, 2, 4.º).

69 “Tal atrevimiento llegaron a cobrar los ciervos y jabalíes, que devastaban todos los frutos de las cercanías a presencia de los campesinos, por la costumbre de verlos contemplar en silencio el destrozo” (PALENCIA, op. cit., I, 10, 1.º). “En el monte Gabia”, cerca de Segovia, “tenía cercados seguramente cerca de tres mil ciervos de diferentes edades, muchos gamos y cabras monteses, y un toro muy bravo” (IBID., I, 10, 4.º). Este monte de Gabia es Balsaín, donde VALERA repite la misma descripción (op. cit., cap. C). Otro de los bosques cercados que utilizaba el Rey era el de El Pardo, como puntualiza ESCAVÍAS: “Hizo dos bosques, dos casas fuertes y suntuosas maneras; el uno en Balsaín, cerca de Segovia, y el otro en El Pardo, cerca de Madrid” (PEDRO DE ESCAVÍAS, *Vida de Enrique IV*, publicada por SITGES, loc. cit., Apéndice primero).

70 ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, op. cit., cap. I.

lloró sin consuelo ⁷¹. Todo canto triste le “daba deleite” ⁷². Y, en suma, presentaba los signos típicos de un esquizoide grave; signos que fueron acentuándose hasta su muerte; poco antes de la cual todavía salió a vagar por los campos cercanos a Madrid, precipitando probablemente el desenlace de su triste vida.

Esta muerte, ocurrida cuando contaba cincuenta años, merece algunas palabras, aun cuando no tenga relación directa con el objeto principal de nuestros comentarios. ¿De qué murió, en efecto, don Enrique? Dice la Historia que fué, como su padre, un comedor desordenado, pero no bebedor ⁷³, y se atribuye a este desorden el “mal de hijada” que padeció, nombre con el que entonces se designaba un conjunto de enfermedades dolorosas del vientre, aún no diferenciadas, princi-

71 “Sabida por el Rey la prisión del Marqués, pensó salir fuera de sí, como hombre sin sentido; y como naturalmente fuera de flaco corazón, comenzó a llorar amargamente, y, por mucho que le consolaban los que cerca de él estaban, ningún consuelo quería oír ni recibir” (VALERA, *op. cit.*, cap. XCVII).

72 ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, *op. cit.*, cap. I.

73 “Su comer más fué desorden que glotonería, por donde su complexión en alguna manera se corrompió, y así padecía mal de la hijada y a tiempo dolor de muelas; nunca jamás bebió vino” (ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, *op. cit.*, cap. I). “Porque era incontinente en las comidas, y en esto, como en todas sus costumbres, obedecía a su capricho, y jamás a los dictados de la razón. No hacía caso de los médicos, escogiéndolos ineptos o consentidores de sus antojos. Cuando caía enfermo, apelaba a purgas y vomitivos y despreciaba las demás prescripciones de la Medicina (PALENCIA, *op. cit.*, II, 10, 9.º). De estos médicos complacientes, tan frecuentes, por lo visto, antes como ahora, debió de ser Fernández de Soria, antes citado.

palmente las litiasis renal y hepática ⁷⁴. Sin embargo, el final del desventurado Rey produce perplejidad en el diagnosticador de ahora, porque no se acomodan en modo alguno a la hipótesis de estos padecimientos los repentinos flujos de sangre y la súbita hinchazón que le deformó antes de su tránsito ⁷⁵. La influencia de sus paseos, debilitantes en la frialdad del otoño castellano, por los campos y bosques del Pardo, tampoco explican, como quieren otros, su súbita muerte. En cambio, encaja tan bien esta sintomatología en la sospecha del envenenamiento, que moralmente nos queda la casi certidumbre de que ésta fué la causa del término de su infeliz vida y reinado. Recuérdesse que en el manifiesto que doña Juana *la Beltraneja* dirigió al Consejo de Ma-

74 “Era doliente de la hijada y de piedra”, dice, concretamente, HERNANDO DEL PULGAR, *Crónica de los Reyes Católicos*, cap. XI.

75 “Nada aprovechó el repentino y abundante flujo sanguíneo; antes, en el espacio de dos días, le hizo perder todas sus fuerzas, y desde el primero la extremada debilidad le volvió deforme” (PALENCIA, op. cit., II, 10, 9.º). “Se tornó tan disforme que era cosa maravillosa de ver.” (VALERA, op. cit., cap. C.) CASTILLO (op. citado, cap. CLXVII) refiere los vómitos y cámaras, que se aliviaron con purgas, no recetadas esta vez por él mismo, como era su hábito, sino por los médicos; empeorando después, con dolor de costado rabioso, hasta que murió. “Quedó tan deshecho —añade este autor—, que no fué menester embalsamarlo.” La “versión oficial” de la muerte, tal como se le comunicó al Rey Don Fernando, que estaba en Zaragoza, fué “un flujo de sangre” (PALENCIA, op. cit., II, 10, 10.º). Insistimos en lo extraño de la sintomatología que reproducen, acordes, estas referencias. ¿Nefritis?, ¿lesión cardíaca?, ¿cáncer? Mejor que a cualquiera de estas hipótesis se acoplan los trastornos descritos a los de un envenenamiento; tal vez el arsénico, el más usado por entonces, en cuya fase final hay una intensa gastroenteritis sanguinolenta y anasarca.

dríd se afirma la realidad del asesinato ⁷⁶. Las costumbres y la psicología de la época y el ejemplo reiterado de la manera expeditiva con que en la Corte de Castilla desaparecían los personajes que estorbaban, no autorizan, ciertamente, a hacer aspavientos ante este grave diagnóstico retrospectivo.

Palencia termina su relación de la muerte con estas dramáticas palabras: “Miserable y abyecto fué el funeral. El cadáver, colocado sobre unas tablas viejas fué llevado sin la menor pompa al Monasterio de Santa María del Paso, a hombros de gente alquilada” ⁷⁷. Es difícil que sobre ningún otro muerto caiga un responso tan feroz como el pronunciado ante el cadáver de don Enrique por este implacable capellán.

Estos son los datos que pueden recogerse sobre la vida patológica de don Enrique IV. A pesar de la distancia que nos separa del personaje, a pesar del apasionamiento que envolvió su vida y envuelve todavía su memoria, estos datos bastan para precisar suficientemente su diagnóstico. En realidad, no nos cuentan mucho más cualquiera de los innumerables hombres actuales que acuden a los médicos para consultar las miserias de su instinto. Podemos, pues, afirmar que la historia que hemos oído corresponde a un degenerado, esquizoi-

⁷⁶ En este manifiesto, publicado por Zurita (vol. IV, lib. 19, capítulo XXVII), se dice: “Por codicia desordenada del reinar acordaron y trataron ellos, y otros por ellos, y fueron en habla y consejo de hacerle dar, y le fueron dadas yerbas y poñzoña, de que después falleció.” No tenemos competencia para juzgar la veracidad y autenticidad de estas acusaciones, que suponen un verdadero complot de los partidarios de doña Isabel contra su hermano. Sobre el valor histórico de este manifiesto, véase la nota 63.

⁷⁷ PALENCIA, op. cit., II, 10, 9.º

de, con impotencia relativa, engendrada sobre condiciones orgánicas y exacerbada por influjos psicológicos, de que ahora vamos a hablar.

Llegamos, en efecto, al momento de examinar objetivamente a nuestro caso clínico. ¿Cómo era en lo físico don Enrique IV? Por fortuna, nos es posible la reconstrucción de su morfología, gracias, sobre todo, a las descripciones literarias de los autores contemporáneos. La iconografía del Rey, es menos utilizable, pero debemos comentarla también ⁷⁸. Dejando aparte efigies posteriores y, por tanto, arbitrarias, como la estatua funeraria de Guadalupe ⁷⁹, conocemos las siguientes imágenes de este Rey: la que ilustra la *Genealogía de los Reyes*, de Alonso de Cartagena, que no tiene el menor valor antropológico, pues indudablemente no es un retrato, sino una fantasía de adornista ⁸⁰. El perfil del sello conservado en el Archivo Histórico Nacional, que debe tener muy poco de retrato, o, si lo es, tan estilizado por la adulación oficial, que apenas interesa. Falta en él, por ejemplo, la gran deformidad de la nariz, que era lo más típico de su cara. En cambio se aprecia la robustez de la mandíbula inferior, que luego comentaremos. En la

78 Debo el estudio de los documentos que se conservan en la Junta de Iconografía Nacional a la bondad de mi ilustre amigo don ELÍAS TORMO. No los reproduzco en esta versión del BOLETÍN DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA, por tratarse de imágenes harto conocidas de los lectores especializados.

79 Este sepulcro es bien conocido. Se debe a Juan de Merlo, ayudado por Juan Manuel Theotocopuli, el hijo del Greco, y por Juan Muñoz.

80 Está publicada en la *Historia de España*, de BALLESTEROS. Véase también su descripción, comentada, en TORMO, *las viejas series icónicas de los Reyes de España*. Madrid, 1917.

Biblioteca Nacional se conserva un grabado que expresa bien el aire lunático de nuestro Monarca, pero es un documento muy posterior, y seguramente está inspirado en el retrato del Códice de Stuttgart. Este es el único que merece que nos detengamos en él.

Como es sabido, dicho Códice refiere el viaje que Jorge de Ehingen realizó a la Península en 1457⁸¹. Se trata, probablemente, de un dibujo tomado del natural⁸²,

81 El código original de este viaje está, como es sabido, en la biblioteca de Stuttgart. En España se publicó, en la Colección de *Libros de Antaño*, en el volumen, ya citado, de *Viajes por España*, editados por A. M. FABIÉ, con los de ROSMITHAL, GUICCIARDINI Y NAVAJERO. En esta traducción hay un diseño del busto del Rey, calcado de la copia publicada por VALLET DE VIRVILLE. En la Junta de Iconografía Nacional existe la reproducción del grabado original y la de otra versión del mismo, sin colorear y con la expresión del dibujo atenuada. También han publicado este retrato el MARQUÉS DE LAURENCÍN (*Boletín de la Real Academia de la Historia*, vol. 62, pág. 236), PAZ Y MELIA (op. cit.), CEJADOR (*Historia de la Lengua y Literatura castellanas*, vol. I), y, finalmente, varios manuales y hasta revistas populares. La leyenda del grabado reza así: "Enrique por la Gracia de Dios, rey de Castilla y León, Toledo, Galicia, Sevilla, Córdoba, Murcia, Jaén, Algarve, Algeciras, y Señor de Vizcaya y de Molina."

82 En el manuscrito dice: "Jorge de Ehingen mandó hacer las figuras de los reyes que se ven pintadas a continuación cuando los visitó a todos personalmente." FABIÉ supone (op. cit., Prólogo) que estos retratos que han llegado a nosotros "no son los que se hicieron directamente del natural". "Como no se infiere —dice— que formara parte de la expedición ningún pintor, parece verosímil que Jorge de Ehingen, con los perfiles que tomara por sí o por alguno de sus acompañantes, y con sus indicaciones, mandaría hacer los retratos que se ven en el Códice." Un poco arbitraria parece esta suposición. La artificiosidad del grabado se debe relacionar con las condiciones generales de la pintura de la época a que aludimos en el texto.

aun cuando tenga, como todos los retratos de la época, mucho más valor simbólico que propiamente antropológico. En aquellas etapas del arte pictórico se retrataban las jerarquías más que las personas, como tales documentos vivos. El retrato auténtico, con todo su valor antropológico, sobre todo el de la cara y manos, no aparece hasta que la pintura entra en una madurez posterior; fenómeno interesante, porque es paralelo, como en otra ocasión he señalado⁸³, a la época también tardía en que en la vida de cada individuo alcanzan valor expresivo las facciones del rostro y las actitudes de las manos. Sin embargo, se aprecia bien en esta imagen del Códice la corpulencia displásica del Rey, la deformidad de su nariz y, sobre todo, la expresión obsesiva de su mirada, acentuada por la convergencia y elevación del cabo interno de las cejas, que dan un aire trágico —casi de tragedia convencional, de actor caracterizado— a la extraña figura, que parece atormentada de sombríos presagios. De todos modos faltan en la efigie detalles importantísimos, que nos proporcionan, en cambio, con admirable minucia y exactitud las descripciones literarias de don Enrique.

De esas descripciones nos interesan la de Palencia y la de Enríquez del Castillo, porque ambas se completan en muchos detalles. Las demás, o son formularias o se reducen a parafrasear las anteriores. Tomaremos como tipo el retrato de Enríquez del Castillo, que Puyol califica de “pasaje vigoroso, de intenso colorido y de fina y profunda observación”; añadiendo certeramente que con él “podría hacerse un acabado estudio fisioló-

⁸³ MARAÑÓN, *Introducción al estudio de la teoría humoral de la emoción*. “Policlínica”. Valencia, 1921. N. 87.

gico, psicológico y hasta clínico de aquel Monarca”⁸⁴. Ahora veremos con cuánta verdad.

“Era persona —dice Enríquez del Castillo—⁸⁵ de larga estatura y espeso en el cuerpo, y de fuertes miembros; tenía las manos grandes, y los dedos largos y recios; el aspecto feroz, casi a semejanza de león, cuyo acatamiento ponía en temor a los que miraba; las narices romas y muy llanas, no que así naciese, mas porque en su niñez recibió lesión en ellas; los ojos garzos y algo esparcidos, encarnizados los párpados; donde ponía la vista mucho le duraba el mirar⁸⁶; la cabeza grande y redonda; la frente ancha; las cejas altas; las sienes sumidas; las quijadas luengas y tendidas a la parte de ayuso; los dientes espesos y traspellados; los cabellos rubios; la barba luenga y pocas veces afeitada; la tez de la cara entre rojo y moreno; las carnes muy blancas; las piernas muy luengas y bien entalladas; los pies delicados.”

La lectura de esta descripción nos permite hacer al punto el diagnóstico morfológico de don Enrique. Se trataba, sin duda, de un eunucoide con reacción acromefálica, según la nomenclatura actual⁸⁷. En él se encuen-

84 PUYOL, op. cit., pág. 13.

85 ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, op. cit., cap. I.

86 PALENCIA, en cambio, dice: “Los ojos, siempre inquietos en el mirar, revelaban con su movilidad excesiva la suspicacia o la avaricia.” (I, I, 2.º) PAZ Y MELIA (op. cit., pág. XLVII) se inclina más a esta versión de la mirada inquieta de PALENCIA que a la de la mirada fija de CASTILLO, basándose en el estudio del retrato del Códice de Stuttgart; creo que con razón.

87 La insuficiencia de la secreción interna sexual produce en el hombre un tipo morfológico anormal, displásico, caracterizado por determinados signos de intensidad y agrupación distintos de unos

tran, en efecto, los rasgos esenciales de esta morfología displásica, que tanta luz puede darnos para la interpretación de nuestros personajes, rasgos que tomados de cualquier descripción moderna, son los siguientes: la larga talla hereditaria, aunque menor que la de su padre⁸⁸; pero, sin duda, muy eminente, porque todos los cronistas la citan con especial cuidado.

individuos a otros, que se pueden reunir en varios tipos. TANDLER y GROSS (*Die biologische Grundlagen der sekundären Geschlecharaktere*. Berlín, 1930) describieron dos: el eunucoide *alto* —piernas largas, talla alta, delgadez— y el *gordo* —talla normal, proporciones habituales, adiposidad de repartición muy típica—. Más completa es la división de FURNO: en *eunucoidismo puro*, *eunocoidismo femenino* —cuando existen apariencias morfológicas de inversión femenil— *eunucoidismo senil* —cuando se acompañan signos de vejez prematura— y *eunocoidismo acromegálico* —cuando la morfología displásica adquiere los rasgos de la hiperfunción hipofisaria o acromegalia, esto es: pies y manos grandes, talla muy exagerada, prognatismo mandibular, a veces cifosis, etc. (*Studio di genetica e di clinica sopra cinque casi di eunucoidismo heredofamiliare*. “Rivista di Patologia Nervosa e Mentale.” Feb. 1922.) A este último grupo pertenecía, sin duda, don Enrique IV. En tales casos, la hipófisis reacciona a la falta o disminución grave de la secreción sexual, combinándose, como hemos dicho, los síntomas del eunucoidismo con los de la acromegalia. Según mi experiencia, las perturbaciones sexuales son especialmente intensas en este grupo, por las razones que en el texto serán explicadas. Véase un excelente estudio sobre esta cuestión en el reciente libro de nuestro compatriota ALBERDI Y GOÑI, *Contribución al conocimiento del eunucoidismo*. Madrid, 1929. Quiero llamar, sin embargo, la atención sobre el hecho de que no califico a don Enrique de “eunucoide”, sino de afecto de una “displasia eunucoide”, esto es, de una modalidad no francamente patológica sino más bien de un estado constitucional y hereditario, calcado sobre el Estado eunucoide, pero más próximo a la normalidad.

⁸⁸ “Aunque no tan grande como el Rey Don Juan, su padre” (ESCAVIAS, op. cit., pág. 407).

El cuerpo espeso, recio, “mal tallado” —añade Felipe de Coninces⁸⁹.

La mandíbula saliente fuertemente desarrollada, que hacía parecer el perfil “cóncavo como si se le hubiese arrancado algo de su centro”⁹⁰. Los dientes enérgicos y apretados (traspellados).

89 Citado por FABIÉ (op. cit., pág. XL). En cambio. PALENCIA dice: “el resto de su persona era de hombre perfectamente formado” (op. cit., I, 1, 2.º). BERNÁLDEZ habla también de que era “bien proporcionado en la compostura de sus miembros” (ANDRÉS BERNÁLDEZ, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*, cap. I); así como VALERA: “era bien proporcionado” (opúsculo citado, cap. C) y ESCAVÍAS: “era de real presencia” (op. cit., página 407). Naturalmente, tienen más valor las afirmaciones sobre un defecto, que es un dato objetivo, que esos elogios, basados sobre una impresión general y, en muchos casos —no en el de PALENCIA— deformada por la adulación instintiva al Monarca.

90 PALENCIA, op. cit., I, 1, 2.º: Esta concavidad debía ser el rasgo más típico de su rostro; véase má adelante los supuestos intentos de reproducirla en su hija doña Juana para tratar de hacerla parecida a él. En parte se debía esta concavidad al aplastamiento de la nariz; en parte al prognatismo de la mandíbula inferior, signo típico de la reacción acromegaloide. Para F. AGUILAR, en su hermoso *Discurso de entrada en la Real Academia de Medicina*, inédito al escribir esta nota, se trataba de un prognatismo racial; iniciado en Alfonso VIII (el de Las Navas) y transmitido a los demás reyes de Castilla (San Fernando, Pedro el Cruel, Enrique de Trastamara, Juan II, Enrique IV). Según este autor, el prognatismo de los Austrias tenía este origen castellano, a través de doña Leonor, hija de Enrique II, casada con Eduardo I de Portugal, abuelos de Maximiliano. Carlos V recibió el estigma por doble vía, pues era nieto de Isabel la Católica, hija de Juan II. La diferenciación que hace AGUILAR entre el prognatismo racial y el cromegálico, tiene valor clínico, pero no patogénico. Los estigmas raciales se deben a condiciones orgánicas hereditarias; en este caso a disposiciones endocrinas de

La cabeza grande, con la frente ancha, las cejas salientes, así como los pómulos ⁹¹, y las sienas hundidas.

Los miembros, fuertes. “Las manos grandes y los dedos largos y recios.”

Las piernas muy luengas. Y, finalmente, en este verdadero documento clínico transmitido por el capellán y cronista del Rey disiente sólo del expresivo cuadro de la displasia eunucoide el detalle de “los pies delicados”; es decir, pequeños como no suelen serlo en dicho estado ⁹². Pero en una variante de esta misma descripción existente en la Biblioteca de El Escorial y publicada por Rodríguez Villa, se completa a la perfección la sintomatología, pues dice que los pies eran “a las plantas muy corvos y los calcaños volteados afuera”, como son en efecto, en algunos displásicos hipogenitales ⁹³.

tipo acromegaloide, como ocurre también con las tallas elevadas o las bajas, familiares. Entre un prognatismo racial y un prognatismo acromegálico hay, pues, la misma relación que entre una hemofilia familiar o racial y una hemofilia esporádica. El retrato de don Enrique de que se sirve AGUILAR, es, por lo demás, muy posterior y carece de todo valor antropológico.

91 “Los anchos pómulos” (PALENCIA, op. cit., I, 1, 2.^o). Es un dato importante en la caracterización de esta morfología.

92 Sin embargo, no es excepcional, según mi experiencia, que no sólo eunucoides con reacción acromegálica, sino auténticos acromegálicos primitivos, en los que todos estos rasgos están violentamente exagerados, conserven los pies de tamaño normal. Recientemente he recogido una observación muy típica.

93 RODRÍGUEZ VILLA, *Bosquejo histórico de don Beltrán de la Cueva*. Madrid, 1881, pág. 5: “Está tomada esta pintura de Enrique IV —dice— de un manuscrito de fines del siglo xv existente en la Biblioteca de El Escorial, al folio 89, de un tomo de papeles varios (a, 4, 23) que lleva por epígrafe: *La fisonomía del Rey don Enrique IV*. Su redacción es análoga a la de igual pasaje de la *Crónica*

Añadamos, para terminar, la “piel blanca”; la “cabellera recia” y la “voz dulce”, probablemente de tenor, que rematan la descripción de este auténtico e indudable eunucoide ⁹⁴.

Hace sobremanera interesante este estudio morfológico de Enrique IV el que encaja, como dos trozos de un rompecabezas, con el diagnóstico psicológico y sexual que antes hemos comentado. Hoy, en efecto, sabemos que *genio y figura* están en la realidad tan estrechamente unidos como supone la observación empírica; y hay toda una rama floreciente de la Medicina que se ocupa en ajustar a normas científicas estos postulados de origen vulgar. Ahora bien; por lo que hace a la vida sexual, los hombres, como don Enrique, de tendencia eunucoide y gigantesca y de formas, por lo tanto, desmesuradas, son extremadamente propensos a padecer

de ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, pero difiere de ella bastante.” Fundamentalmente —añadimos nosotros— sólo en este detalle de los pies. Esta descripción es la que utilizó el padre COLOMA en su novela *Fray Francisco*. Madrid, 1914. Como decimos en el texto, el *pie valgus* que, según esta versión, padecía don Enrique, es hallazgo no raro en los displásicos hipogenitales. PENDE llama la atención sobre la frecuencia de estas alteraciones óseas en el hipogenitalismo. (*Endocrinología*, 2.^a edic., Milano, 1925.) Y nosotros nos hemos ocupado recientemente de la misma cuestión: MARAÑÓN, *Sur le syndrome osteo-musculaire douloureux dans l'insuffisance ovarienne*. “Paris Medical”, Avril, 1930.

94 En mi libro *La evolución de la sexualidad y los estados intersexuales*. Madrid, 1930, me ocupó con detalle de los caracteres de la voz, de la cabellera y de la piel en estos eunucoides: coinciden exactamente con los datos expuestos, salvo la barba luenga del Rey, pues los individuos con esta displasia eunucoide suelen ser lampiños o poseer, a lo sumo, una barba juvenil. Hay, sin embargo, excepciones.

perturbaciones profundas del instinto ya en sentido cuantitativo, es decir, los diversos grados de la impotencia, ya en sentido cualitativo, esto es, las distintas aberraciones que culminan en la homosexualidad. En cuanto a la psicología esquizoide, los psiquiatras recientes, y particularmente Kretschmer⁹⁵, anotan la frecuencia con que se combina precisamente con esta peculiar morfología.

Débase la sexualidad vacilante de estos seres a motivos complejos. En primer lugar a la misma perturbación orgánica que precisamente origina su trastorno del crecimiento; esto es, a una deficiencia de la secreción interna de las glándulas genitales, que casi siempre se acompaña de defectos ostensibles, anatómicos, de éstos. En el caso de don Enrique los datos que poseemos sobre su morfología genital son contradictorios, pues mientras el informe de su médico, Fernández de Soria, y la declaración de las mujeres de Segovia, que antes hemos citado, atestiguan la normalidad; hay un indicio en contra, a saber: la afirmación del viajero Münzer⁹⁶ sobre defectos de estos órganos, que corresponden sencillamente a un hipospadias, como el que padeció otro Rey impotente, don Pedro, el esposo de la extraordinaria mujer Catalina de Rusia. Es tan frecuente este defecto en los eunucoïdes que nos resistimos a considerar, como Puyol, que la afirmación de Münzer fuera “un

95 Véase, en efecto, KRETSCHMER, *Körperbau und Charakter*. 4 Auf. Berlín, 1925. De intento reducimos en este estudio a lo esencial las interpretaciones psiquiátricas.

96 MÜNZER, op. cit., pág. 163: “Su miembro era delgado en la raíz y grueso en la extremidad, por lo que no podía entrar en erección.”

cuento de burdel, una de tantas fábulas e infamias de las que inventaron los partidarios de los Reyes Católicos”⁹⁷. Téngase en cuenta, además de la verosimilitud biológica del hecho, que esta clase de secretos de las alcobas egregias no se descubren precisamente, como antes decíamos, en los certificados de los doctores ni en los documentos de la *Gaceta*⁹⁸.

Pero, aparte de los defectos orgánicos (que incluso pudieron no existir, sin que ello invalide la deficiencia funcional de las glándulas)⁹⁹ interviene también en la génesis de la impotencia de estos tipos altos y deformes otros factores de orden puramente psicológico. El re-

97 En la edición española del libro de MÜNZER, op. cit., página 163, nota 1.

98 En otro Rey, más reciente, era evidente el defecto hipogonital con hipospadias, y tampoco lo sabemos por ningún informe de técnicos, sino por el estudio de los retratos y los recuerdos de su vida, que, escritos u orales, llegan hasta nosotros. Una sátira popular —de un “Provincial” moderno— hacía esta gráfica descripción de su hipospadias: “y orina en cuclillas, como una señora”. Así realizan este acto los hipospádicos graves, y el poeta del arroyo quizá lo supo por confidencias de los familiares en el servicio del Rey.

99 A veces, en efecto, la morfología macroscópica de los órganos genitales de estos eunucoides tiene una apariencia de normalidad casi completa; pero existen trastornos histológicos que acarrear la deficiencia de la secreción interna y las alteraciones displásicas, generales, típicas del eunucoidismo. Inversamente, órganos genitales muy deformados, como los de algunos criptorquídicos, pueden conservar una secreción interna normal. Por ello el informe médico sobre la anatomía de estos órganos no basta para juzgar de su función, como más arriba hemos dicho. En nuestra práctica médica, con motivo de informes en casos actuales, parecidos a los de este rey pretérito, muchas veces hemos tenido que insistir sobre este hecho, que médicos y no médicos suelen olvidar.

reflejo erótico está condicionado por una variedad tan grande de factores nerviosos y humorales, que en la práctica son innumerables las causas que lo alteran, y que nos explican la enorme variedad y frecuencia de sus perturbaciones. De los más importantes de estos factores son los que engendran el complejo psíquico-físico de la inferioridad sexual, que en la práctica se manifiesta por las distintas variedades de la timidez. La actividad sexual ha dejado de ser para la mayor parte de los hombres civilizados un acto meramente instintivo, convirtiéndose en una actividad más elevada, que tiene, entre otras cosas, mucho de juego estético a cuya lid no puede concurrirse sin un *mínimum* de normalidad morfológica y sin un cierto grado de confianza en la propia aptitud. Sólo los hombres dotados de las modalidades del instinto, que por su proximidad al animal hemos llamado “*cínicas*”, son capaces de superar por la energía del apetito la propia inferioridad orgánica. La mayoría de las veces ocurre lo contrario; es decir, que es el apetito el que está condicionado por los factores estéticos y psicológicos. El hombre displásico, alto y deforme, está, por lo común, en esas circunstancias, esencialmente desfavorable para la buena marcha de su reflejo. Es curioso observar que los hombres valoran la cuantía de sus impulsos físicos —por ejemplo, de su fuerza muscular, de su valor personal y también de su energía erótica— no por comparación a una pauta uniforme, sino en relación con su corpulencia anatómica. Por ello, una misma hazaña nos parece siempre mucho mayor en un individuo de talla exigua que en otro gigantesco. Y de aquí resulta la condición de injusta inferioridad relativa en que están siempre, en este orden de actividades, los hombres de talla

muy eminente. Siempre se les exige más de lo que pueden dar. Y así se origina el complejo de inferioridad, que hace que los gigantes sean con tanta frecuencia tímidos socialmente, flojos para la lucha cósmica y también, de un modo especial, para la guerra amorosa. En un reciente libro ¹⁰⁰ he insistido mucho sobre la frecuencia con que en la práctica coincide la timidez sexual con las tallas muy elevadas; así como el prototipo del campeón del amor lo da, en la vida y en el mito, aquel mozo que se libró de servir al Rey por no alcanzar la talla reglamentaria. A este factor, puramente psicológico, se agrega el sentimiento de inferioridad suscitado por las deformidades físicas, a cuya conciencia es tan sensible el reflejo erótico. La deformidad decimos, y no la fealdad; que ésta sí es compatible con el juego estético del amor, sobre todo esa fealdad “del oso” del refrán, es decir, del mucho vello, que es indicio de la mucha virilidad. Coninces ¹⁰¹ llama sencillamente “feo” a don Enrique; pero Castillo y Palencia son mucho más expresivos al describir la espantable anormalidad de su rostro; que, cosa curiosa, el cronista amigo compara con una testa de león, y el enemigo, Palencia, con una cabeza de mono. Evidenciándose en este detalle cómo podemos encontrar siempre la verdad objetiva a través de la pasión de los historiadores. Lo que a uno parecía, lisonjeramente, un león, lo califica el otro, con desprecio, de gimio. Lo que no cabe duda —podemos concluir nosotros— es que su cabeza tenía más de alimaña que de hombre. Y esta apariencia monstruosa contribuiría aquí, como en tantos otros casos, a la génesis de su timidez sexual.

100 MARAÑÓN, *Evolución de la sexualidad*, ya citado.

101 CONINCES, op. cit.

Otro detalle interesante de la morfología de estos eunucoides y deficientes sexuales es la frialdad húmeda de las manos, que yo he descrito con el nombre de “manos hipogenitales”¹⁰², y que produce al estrecharlas una sensación de viscosidad poco agradable, por lo que es muy común que esquiven el dar la mano, ofreciendo sólo, rápidamente, las puntas de los dedos. Los médicos sabemos esto muy bien, y podemos colegir en un cierto grado la tensión sexual de un determinado individuo por la técnica con que realiza este acto simbólico de la sociabilidad, confirmando el sagaz refrán español que define esto mismo al decir “manos frías, amor para un día; manos calientes, amor para siempre”¹⁰³. Ahora bien; los contemporáneos de don Enrique anotan que poseía en grado llamativo este “pudor de las manos”. “No consentía que le besasen las manos”, dice Castillo, y repiten Escavias y Palencia; añadiendo este último “que aunque algunos los atribuían a humildad, los hechos sucesivos de su vida demostraron que aquella apariencia de descortesía dimanaba de causa menos pura”¹⁰⁴. Hoy podemos interpretar, como acabo de explicarla, ésta que a los cronistas de entonces pareció manía inexplicable.

102 MARAÑÓN, *La main hipogenital*. “Revue de Médecine”, año de 1922, pág. 578.

103 En contra, en cambio, de este otro refrán, originado no en la observación, sino en el sentido del contraste, a que es tan propensa la mente humana, y que le conduce con tanta frecuencia al error: “Manos frías, corazón caliente.” Los franceses dicen esto mismo: “*Froides mains, chaudes amours.*”

104 PALENCIA, op. cit., I, 1, 2.º. Sin embargo, TETZEL (opúsculo cit., pág. 166) refiere, al describir su visita a los Reyes, que ambos “dieron a mi Señor y a cuantos le acompañaban, la mano”.

Queda, pues, fuera de duda que nuestro Monarca era un eunucoide con reacción acromegálica, y ello, como antes hemos dicho, nos explica todas las modalidades de su carácter y de su vida sexual, que tanto influyeron en los destinos de España. Nos explica su tendencia al aislamiento y a la soledad, características de la mentalidad esquizoide, tan frecuente en los hipogenitales; la flaqueza de su voluntad y la facilidad con que se entregaba al mando ajeno, rasgo también íntimamente ligado al instinto vacilante del sexo, como repetidamente hemos demostrado¹⁰⁵, y, finalmente, la misma aptitud y afición para la Música que citan sus comentaristas es también un rasgo muy frecuente en la psicología de estos anormales¹⁰⁶.

Esta mentalidad esquizoide pudo muy bien empujarle al trato con mujeres de baja condición y entorpecérsele con las de rango alto, como sus egregias esposas legítimas. Es, en efecto, muy común en los tímidos el eliminar de sus relaciones todo lo que suponga lujo y diferenciación social; de la misma manera que esta clase de individuos pierden el apetito ante una mesa rica y en una

105 MARAÑÓN, *Tres ensayos sobre la vida sexual*, 5.^a edición. Madrid, 1929. IDEM, *Amor, Conveniencia y Eugenesia*, 2.^a edición. Madrid, 1930.

106 “Preciábase de tener cantores, y con ellos muchas veces cantaba; en los divinales oficios mucho se deleitaba”; “tañía dulcemente el laúd; sentía bien la perfección de la música; los instrumentos de ella le placían” (ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, cap. I). “Llega el Monarca en su afeminación a ir de madrugada a casa de su nuevo favorito Pacheco, a distraerle en su enfermedad cantando, acompañado de la cítara” (PAZ Y MELIA, op. cit., pág. LXIV.) En esta cita asoma la relación conocida entre la pasión musical y la tendencia homosexual, que después será comentada.

compañía brillante y lo satisfacen con naturalidad en un humilde bodegón. La misma actitud que para el amor se extiende a la elección de las demás amistades; y, sin duda, por ello don Enrique buscaba con predilección el trato con gente villana, hombres montaraces y moros. Sus mismos favoritos los extraía a veces de las capas sociales más inferiores.

Es, finalmente, muy característico de las mentalidades tímidas, sobre todo en lo que se refiere al sexo, la tendencia exhibicionista. Esto induce a sospechar que algunas de las aventuras extraconyugales del Monarca fueron, más que efectivas relaciones, alardes estrepitosos de una virilidad que no existía. El espíritu humano propende a hacer creer a los demás aquellas virtudes de que carece. Y esto es cierto, hasta el punto que casi siempre podemos reconstruir la verdadera psicología de los hombres sin más que poner un signo negativo a todo aquello de que ostenta y hace gala. Y esta regla general se hace todavía más precisa y notoria en la vida sexual del varón, uno de cuyos ejes es, por vicios seculares de educación, la vanidad irrefrenable; una vanidad ligada con las raíces más profundas de nuestra dignidad, no sólo social, sino biológica. Los médicos sabemos cuántas veces las aventuras escandalosas de los hombres no son más que presuntos certificados públicos de hombría, para satisfacción del qué dirán y del propio instinto vacilante. Este carácter tiene, a mi juicio, el famoso lance de don Enrique con doña Guiomar, “la lusitaneja”, como la llamaban las coplas de Mingo Revulgo, que, según la musa popular, trajo al Rey “al retortero”. Castillo dice que don Enrique tuvo con ella “pendencia de amores”¹⁰⁷,

107 ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, op. cit., cap. XXIII.

término en cuya amplitud caben todas las hipótesis. Palencia alude claramente a la no consumación de estos amoríos¹⁰⁸. Lo indudable es que don Enrique se esforzó en dar un aire escandaloso a su aventura, determinando la escena de la agresión de la Reina a la manceba delante de toda la Corte, a la que siguió la instalación de la portuguesa en una mansión lujosa, probablemente en El Pardo, rodeada “de gente de autoridad que la sirviese y acompañase”, en “estado de gran señora”, “adonde el Rey iba muchas veces a verla y a holgar con ella¹⁰⁹. Es decir, amores de expresiva e intencionada notoriedad. En la segunda expedición que el Rey organizó contra los moros a instigaciones del Papa, llevaba en su séquito, cínicamente, a la Reina y a doña Guiomar, presenciando y, probablemente, fomentando la rivalidad entre las dos mujeres¹¹⁰. De este modo, aun a costa de su prestigio regio y conyugal, adquiriría ante la Corte y ante el vulgo patente de esforzado varón.

Los amores del Monarca con doña Catalina de Sandoval están llenos de la misma tendencia escandalosa y llamativa¹¹¹.

108 “Las ilícitas relaciones, *intentadas y no conseguidas*, con doña Guiomar” (op. cit., I, 4, 5.º). “Doña Guiomar, ya opulenta, merced a las rivalidades de *falsos amores*”; “los celos de aquellas *vanas relaciones*” (*Ibid.*, I, 5, 4.º).

109 ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, op. cit., cap. XXIII.

110 “El Rey, además de oír complacido los altercados de las damas y los ultrajes que se inferían, gastaba la mayor parte de su tiempo en fomentar los rumores malévolos.” (PALENCIA, opúsculo citado, I, 4, 5.º) Esta actitud de intrigante encizañador es típica del hombre de sexualidad anormal.

111 Véase PALENCIA, op. cit., I, 5, 7.º: Don Enrique intentó hacer a doña Catalina su amante, “aunque inútilmente, a causa de su

Este mismo sentido exhibicionista tiene la desproporcionada alegría con que acogió la noticia del embarazo de doña Juana ¹¹² y la ostensiva procesión que organizó para su traslado a Madrid y su entrada en el Alcázar ¹¹³, que tanto sorprende a algunos historiadores ¹¹⁴.

Nos queda todavía por examinar un último punto: el referente a la supuesta homosexualidad de Enrique IV. Asunto grave por lo que tiene de vejatorio para la memoria de quien reposa hace siglos en el sepulcro. Sin embargo, es preciso tratarlo para completar nuestra historia. Los comentaristas del Rey hacen alusión frecuente a sus “corrompidas costumbres”, a sus “obscenidades”, a los “deleites de su depravada vida”. Dado su parco comercio con mujeres y su sobriedad en la mesa y en la ostentación social, es evidente que tales alusiones se refieren a vicios de mayor cuantía, que aun los enemigos más procaces se resisten a nombrar. Algunos de los pasajes de las coplas de Mingo Revulgo tocan este aspecto de la vida del Rey, según autoridad tan poco sospechosa

conocido defecto”. La nombró abadesa del convento de San Pedro de las Dueñas, extramuros de Toledo, arrojando a la virtuosa Marquesa de Guzmán, que desempeñaba este cargo, y “desafiando las excomuniones” y los anatemas del Arzobispo toledano. PISA (op. cit., pág. 209) refiere al por menor este episodio. Da también por hecho la no realidad de las relaciones del Rey con la desvergonzada abadesa: “El Rey la había tenido algún tiempo consigo deshonestamente; entiéndase dentro de los límites de la impotencia.”

112 Véase en VARELA, op. cit., cap. XX, y en ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, op. cit., caps. XXX y XXXI.

113 ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, op. cit., cap. XXXVI.

114 LAFUENTE, por ejemplo, copia íntegro el relato de esta curiosa y llamativa cabalgata, cuyo sentido es, sin duda, el indicado en el texto.

como Menéndez y Pelayo ¹¹⁵; y las famosas, divertidas y exageradamente denigradas Coplas del Provincial ¹¹⁶ tienen como motivo preferente la sodomía de la mayor parte de los personajes de la Corte. El viajero Tetzels alude también (o habla explícitamente, según las versiones) ¹¹⁷

115 MENÉNDEZ Y PELAYO, *Antología de poetas líricos castellanos*, vol. III. Madrid, 1892, pág. 7. Se refiere a la copla VII, que termina con los versos: "Ha dejado las ovejas, por folgar tras todo seto"; copia una glosa anónima de esta copla, y añade: "Todo ello son alusiones contra el vicio nefando de que se acusaba a Enrique Cuarto." También PAZ Y MELIA (op. cit., pág. LVIII) supone que dicha copla se refiere a "las abyectas torpezas" del Monarca. En cambio, las glosas de HERNANDO DEL PULGAR y de JUAN MARTÍN DE BARROS no aluden para nada, al comentar estos mismos versos, al supuesto torcido instinto del Rey (véanse dichas glosas en el volumen de FLORES, *Crónica del Rey Enrique Cuarto*, 2.^a edición. Madrid, año de 1787).

116 El mismo MENÉNDEZ Y PELAYO (op. cit., vol. VI. Madrid, 1896, pág. IV) las juzga así: "Ni aun clandestinamente ha habido quien se atreviera a imprimirlas; tal es lo soez de su forma, lo brutal y tabernario de sus personalísimos ataques." "Una reseña de torpes imputaciones, verdaderas o calumniosas, que afrentan por igual a la sociedad, que pudo dar el modelo para tales pinturas, y a la depravada imaginación y mano grosera que fueron capaces de trazarlas." "El cuadro monstruoso que describe provoca a náuseas el estómago más fuerte"; etc., etc. El expurgo de MENÉNDEZ Y PELAYO quita a su versión todo su valor documental. Están íntegros en la "Revue Hispanique", 1829. Son ni más ni menos que todas las sátiras anónimas nacidas durante las épocas de opresión; muy semejantes a varias de las que han circulado ahora, durante los años de la dictadura, en esta Castilla, siempre igual a sí misma.

117 No conozco la versión original. En la traducción de FABIÉ (op. cit., pág. 166) dice: "Quebranta (el Rey) los principios de la ley de gracia y lleva una vida de infiel." PAZ Y MELIA (op. cit., página XLVIII) traduce así: "Quebranta los preceptos de la ley de gracia y lleva una vida infiel; hace vida impura y sodomítica."

al vicio nefando del Monarca. Y el mismo don Fernando el Católico, al recibir en Zaragoza la noticia de la muerte de don Enrique, se refirió a “su vida consagrada a la liviandad” y a “sus corrompidas costumbres y funesta perversidad”¹¹⁸. Según Pulgar¹¹⁹, los Grandes enemigos del Rey, le acusaron, entre otras cosas, de “hombre afeminado”. Pero las noticias más explícitas —sean o no exactas— sobre la cuestión nos las da Palencia. Este insinúa que don Juan Pacheco, el ayo puesto por don Alvaro de Luna al servicio de don Enrique en los años de su adolescencia, tenía ya con éste relaciones inconfesables¹²⁰. Hábilmente eligieron la edad de la pubertad, edad crítica, como hoy sabemos bien, para las orientaciones futuras de los instintos; y años más tarde intentaron la misma corrupción, en las mismas circunstancias y por las mismas personas, en el príncipe don Alfonso, aunque, al parecer, con menos fortuna que con el predispuesto don Enrique¹²¹.

118 PALENCIA, op. cit., III, I, 1.º Aunque esta terrible oración fúnebre la conocemos a través de PALENCIA, es difícil negarla autenticidad, ya que el cronista estaba delante de don Fernando y la recogió directamente; y al hacerla pública pudiera haber sido desmentido.

119 HERNANDO DEL PULGAR, *Crónica de los Reyes Católicos*, capítulo II.

120 Véase la nota 27.

121 “Los enemigos de toda virtud esperaban que la persistente influencia de ellos lograría pervertirla (la índole de don Alfonso), o que tal vez al llegar la adolescencia, los impulsos de la pubertad, frecuente ocasión de cambio de costumbres, corrompieran las suyas hasta tal punto que pudiesen contar para lo futuro con un Rey semejante a ellos, ya envilecidos y esclavos de sus vicios y propensos a una familiaridad vergonzosa.” (PALENCIA, op. cit., I, 10, 5.º) En mi libro citado (*Evolución de la sexualidad*) he estudiado con deteni-

Más adelante el cronista no omite detalles sobre esta infausta inclinación del Rey. Describe su debilidad por Gómez de Cáceres, joven pobre que se vió elevado al regio favor, sin otros méritos que “su arrogante figura, su belleza y lo afable de su trato”¹²². La misma historia se repitió con Francisco Valdés, si bien éste rehuyó pronto las solicitudes del Monarca, escapando de la Corte; y siendo perseguido, encerrado en una cárcel secreta, “adonde, posponiendo otros cuidados, iba a visitarle don Enrique, para echarle en cara su dureza de corazón y su ingrata esquivéz”¹²³. Lo mismo ocurrió con Miguel de Lucas, joven muy observador de los preceptos religiosos, que desatendiendo a las causas de aquella inclinación y avergonzado del continuo afán que producía, huyó de la Corte, y se refugió en el reino de Valencia, “adonde le siguieron algunos emisarios, que sin cesar le aconsejaban que volviese a la Corte y no desdeñase la solicitud con que el Rey, por tan exquisita manera, buscaba su honra y provecho”. El mismo don Beltrán de la Cueva queda incurso, para algunos, en esta banda de favoritos sospechosos¹²⁴.

miento esta edad crítica de la pubertad masculina; insistiendo en la facilidad con que en ella, por razones orgánicas y psicológicas bien conocidas, se puede pervertir el instinto sexual, aun en muchachos de apariencia y tendencias normales. Sólo los de virilidad muy recta —como, sin duda, lo era don Alfonso— escapan a la sugestión ejercida en estas fases de fragilidad del instinto, que, por lo visto, conocían bien los cortesanos sagaces y depravados de Enrique IV.

¹²² PALENCIA, op. cit., I, 5, 3.º

¹²³ PALENCIA, op. cit., I, 5, 4.º

¹²⁴ PALENCIA, op. cit., I, 5, 4.º: Este Miguel Lucas, al fin, abandonó la corte, como es sabido, y se casó, yendo a vivir a Jaén, patria de su esposa, donde hizo una vida tan ejemplar, tanto en lo religio-

En otra ocasión refiere el mismo historiador ¹²⁵, sin duda influido por la lectura reciente de Bocaccio, que cuando los criados de Pedro Arias intentaron apoderarse de la persona de Enrique IV, éste, que pernoctaba en la aldea de Mayalmadrid, avisado a tiempo, “huyó en camisa con los pies y piernas desnudos”, mientras los soldados de su guardia iban cayendo en poder de las gentes de Arias. Entre ellos capturaron a uno llamado Alonso de Herrera, a quien tomaron por el Monarca, “por hallarle casualmente en su cama”.

Frecuentemente encontramos en las crónicas la descripción de sus reuniones en los bosques cercados que había preparado para su diversión con hombres de mal vivir, donde, después de cazar y contemplar las fieras, se entregaba a “costumbres tan infames”, que “por respeto al pudor no se pueden referir” ¹²⁶. Final-

so, a que ya era inclinado en sus años de licencia, como en lo sexual, que mereció los públicos elogios del Arzobispo de Toledo: “Después de su matrimonio está consagrado por entero a sus deberes conyugales, y, huyendo de la corrupción de la Corte, véisle retirado en Jaén, reformando allí con gran acierto viciosos hábitos inveterados.” (PALENCIA, op. cit., I, 7, 1.º) De él decían los coplas del Provincial: “Miguel Lucas sin provecho, a cuanto vale el derecho de ser villano probado...” “A oder y ser odido y poder bien fornicar.” De don Beltrán dice concretamente una de las coplas: “ode a personas tres: a su amo, a su ama y a la hija del Marqués.”

125 PALENCIA, op. cit., I, 9, 4.º

126 PALENCIA, op. cit., I, 5, 8.º Eran estos sitios los ya citados de Segovia y El Pardo, y, además, los pinares de la Adrada y los encinares de Avila conocidos con el nombre de Gordillos. Como detalle de la extravagancia de estas orgías recordaremos que en Balsaín tenía de portero a un enano y a un “etíope tan terrible cuanto estúpido”. Esta afición a lo exótico y monstruoso concuerda con los demás rasgos de su perversión sexual.

mente, está, sin duda, relacionada con su inclinación homosexual su famosa afición a los moros, de los que, como es sabido, tenía a su lado siempre una abundante guardia con escándalo de su Reino y aun de toda la cristiandad. Es sabido que en esta fase de la decadencia de los árabes españoles la homosexualidad alcanzó tanta difusión que llegó a convertirse en una relación casi habitual y compatible con las normales entre sexos distintos. Ya Palencia dice que “los moros de la guardia del Rey corrompían torpísimamente mancebos y doncellas”¹²⁷. Y don Enrique, no sólo adoptó los vestidos de esta gente y sus posturas y alimentos, sino también “otros hábitos funestos, propensos a vergonzosa ruina”¹²⁸.

¹²⁷ PALENCIA, op. cit., I, 5, 4.º

¹²⁸ PALENCIA, op. cit. I 10 1.º: Ya en la guerra de Granada se iniciaron, como es harto conocido, las aficiones de don Enrique a los moros, con los que se reunía, gustando de su conversación y de sus alimentos y compartiendo sus hábitos. El viajero TETZEL (opúsculo citado) refiere que cuando visitó al Rey estaban él y la Reina sentados en el suelo, a la usanza morisca; y recoge la impresión de descontento del pueblo por estas costumbres. Cuando hizo adornar la Sala del Homenaje del Alcázar de Segovia con las estatuas de los Reyes de España mandó labrar la suya en traje sarraceno. Gómez Manrique refirió al Rey don Fernando el Católico —según PALENCIA, op. cit., III, I, 1.º— que “la muerte sorprendió a don Enrique estando cubierto con una miserable túnica y calzado con borceguíes moriscos”. No abandonó, pues, estos gustos hasta el fin de su vida. Son numerosísimas, y no encajan en este estudio, las noticias y versiones —aparte de lo relacionable con lo sexual— acerca de la afición a los moros del último Trastámara. Quizá la más curiosa es la de ADOLFO DE CASTRO (*Examen filosófico sobre las principales causas de la decadencia de España*. Cádiz, 1825), para el que esta tendencia del Rey fué un signo de tolerancia y avanzada amplitud de espíritu, dando lugar a la reacción y al odio de la No-

Estos son los datos que nos transmite la historia. Sería atrevido concluir de ellos terminantemente la homosexualidad del Monarca. En realidad son pocos los casos en que puede dictaminarse sobre este delicado diagnóstico en el aspecto que interesa a la moral, esto es, en la existencia o no existencia de las relaciones nefandas. El mismo Palencia dice cautelosamente al referirse a este punto: "en cosas tan secretas no cabe más luz que la que suministran los indicios". Pero si al juicio ético e histórico lo que interesa es precisamente la práctica irregular, al biólogo le es mucho más importante saber si existió o no la predisposición intersexual. Ahora bien; hoy sabemos que los individuos dotados de la constitución hipogenital que indudablemente poseía don Enrique, pueden incluirse por este solo hecho en el vasto grupo de los varones intersexuales, orgánicamente propensos, por tanto, al ejercicio anormal del amor, aun cuando luego, por razones diversas, puedan no realizarlo. En mi libro citado he referido la frecuente coincidencia del hábito gigantesco y acromegaloide con la homosexualidad, relatando el curioso diagnóstico hecho por Bernard Shaw de Oscar Wilde, en el que mientras todos los médicos que le conocieron afirman la falta de signos físicos de su alteración sexual, el gran escritor inglés encuentra los rasgos típicos de la acromegalia y con sorprenden-

bleza, del Clero y del pueblo, tiranizados por el fanatismo; y aquí, según él, estriba la verdadera razón de las campañas denigratorias de que este Rey ha sido objeto. Claro está que no es posible compartir hoy este punto de vista, como no sea con un espíritu sectario, como el de BLASCO IBÁÑEZ, en su libro citado en la nota 143.

te sagacidad relaciona con ellos su funesta inclinación instintiva ¹²⁹.

Observemos, para completar nuestro juicio, que en todas las épocas de la humanidad el número de los homosexuales es extraordinariamente grande, comprendiendo no sólo los señalados como tales por esos "indicios" de que nos habla Palencia, sino muchísimos más que logran ocultar cuidadosamente su anormalidad. Recuérdese, finalmente, que don Enrique vivió en los finales de la Edad Media, cuando alboreaba el Renacimiento, esto es, en uno de los trances de la Historia en que el amor nefando adquirió no sólo extraordinaria difusión sino un carácter de normalidad, de compatibilidad con el amor auténtico que le ha hecho ser comparado justamente con los años de Sócrates y Platón ¹³⁰. Es la época en que, según la frase de Maquiavelo, un mismo hombre quitaba cuando era adolescente a las mujeres sus maridos y después, en la madurez, a los maridos sus mujeres ¹³¹. En España, los datos que se puedan recoger sobre las modalidades anormales del instinto, en esta época, son sumamente escasos, tal vez por la censura que el fuerte espíritu religioso imponía a la publicidad de pecados tan vergonzosos; acaso también porque la plaga alcanzó, como yo creo, menos difusión e intensidad

129 FRANK HARRIS, *Vida y confesiones de Oscar Wilde*. Edición española de R. Baeza. Madrid, 1928.

130 GIDE, en *Corydon*, explica su tesis de la normalidad de la pederastia, basándose en los ejemplos de estas dos interesantes modalidades colectivas de dicha perversión. No es ahora el lugar de hacer la crítica de tal interpretación: véase el Prólogo mío a la edición española del citado libro de GIDE.

131 Vida de Castruccio Castracani (1520).

en nuestro país que en el resto de Europa. Sin embargo, los relatos contemporáneos se refieren, de vez en cuando, a escándalos de este género, sin contar con los libelos tan explícitos como las Coplas del Provincial antes comentadas, que reflejan, como todo libelo, un fondo más o menos deformado pero evidente de realidad. El mismo poderío de don Alvaro de Luna sobre don Juan II ha sido señalado como sospechoso de tener una raíz sodomítica ¹³². Y una de las poesías del poeta madrileño Alvarez Gato ¹³³ acomete contra los jóvenes efeminados que en la Corte de don Enrique se tocaba con cabelleras y camisas labradas, propias de mujeres: lo cual indica que la tendencia estaba bastante difundida.

Los psicoanalistas modernos encontrarían otro argumento importante a favor de la homosexualidad del Rey en el famoso asunto de su inducción al adulterio a sus propias mujeres. Que don Enrique incitó a ambas reinas a entablar amores ilícitos con personajes de su Corte, era —fuese verdad o calumnia— una versión corriente en su tiempo. Palencia refiere con malignos detalles

132 Refiere PALENCIA que Luis Méndez de Sotomayor, “abandonando a su mujer vivía vergonzosamente, entregado a los vicios y a la más torpe corrupción de costumbres, empleándose en aquellos infames tratos que tuvieron origen en Castilla en tiempo de don Alvaro de Luna y tan vergonzoso incremento tomaron después.” (Op. citado, I, 9, 3.º) PAZ Y MELIA da el mismo significado a estas palabras (op. cit., pág. LV), según las cuales dataría de esta época el origen de la homosexualidad en España, como plaga social. Este autor atribuye al trato de los moros una de las causas principales del vicio colectivo, que alcanzó tal difusión, que la Reina Católica se vió obligada a perseguirle con la pena feroz de muerte en la hoguera.

133 Número 67 de la edición de ARTILES, *Obras completas* de JUAN ALVAREZ GATO. “La Lectura.” Madrid, 1928.

estos intentos. Doña Blanca, según él, se negó a secundarlos ¹³⁴; y doña Juana —la de la mala fama— también se resistió durante bastante tiempo ¹³⁵, hasta que al fin hubo de ceder a la reiterada tentación, y cuando don Enrique preparaba su expedición contra don Juan de Aragón, la Reina que le acompañaba iba ya “entregada al vergonzoso trato” ¹³⁶. Hernando del Pulgar,

134 “El Rey hubiera deseado que otro cualquiera atentase al honor conyugal para conseguir, a ser posible, por su instigación y con su consentimiento, ajena prole que asegurase la sucesión del trono; pero como la casta consorte rechazase en una lucha sin testigos tamaña maldad...” (PALENCIA, op. cit., I, 1, 2.º) “La mantenía (a doña Blanca) en la mayor estrechez e intentaba indirectamente inclinar su ánimo a torpe corrupción” (op. cit. I, 1, 8.º).

135 El Rey “ensayaba nuevamente halagos o amenazas para inducir a la Reina doña Juana a condescender con los ilícitos tratos que la proponía.” (PALENCIA, op. cit., I, 5, 4.º) “Prefería entre todos sus capitanes a don Beltrán de la Cueva, y le profesaba afición tan desmedida, que no contento con concederle el cargo de príncipe de Palacio, quiso que no sólo se le llamase, al uso antiguo, mayordomo, sino que, en realidad, fuese el principal señor en su casa y aun, por su deseo, también en el lecho conyugal, por más que la Reina, resistiéndose durante largo tiempo al insolente mandato, enviaba mensajeros a su hermano el Rey de Portugal con quejas proporcionadas a la naturaleza de las infamias en que no consentía.” (PALENCIA, op. cit., I, 5, 7.º) Esta declaración en boca de un historiador tan duro para juzgar a doña Juana es el mejor testimonio de su virtud, hasta que, como después veremos, la tentación la cercó con tal ahinco, que se sobrepuso a las fuerzas humanas.

136 PALENCIA, op. cit., I, 6, 2.º: Más adelante insiste muy reiteradamente sobre esta afirmación, pero con pruebas tan débiles, que es preciso copiarlas para juzgar con exactitud este importante punto: “Ya dije cómo empleando sin tregua, ora los halagos, ora los medios violentos, logró ablandar aquella primera oposición y repugnancia de su esposa a condescender con sus torpes sugerencias, y

enemigo del Rey, pero hombre serio y no tan apasionado como Palencia, admite también la especie, si bien dándola el sentido vago de un rumor de la calle ¹⁸⁷.

como la natural flaqueza de la mujer hacía esperar que, al fin, se dejaría llevar de sus instintos, no dejaba de incitarla día y noche a dar el primer paso en el camino de la corrupción, en el que una vez, ¡ay!, vencida la tenaz resistencia de los principios, más bien necesitó luego freno que estímulos. Al cabo, frágil mujer y antiguo y principal instrumento de la desgracia de la Humanidad, etc.” “No hubo persona de sano juicio que no comprendiese a qué medios se había apelado para hacer cesar la esterilidad de la Reina; y en cuanto a señalar el verdadero padre de la niña, dan fuerza a la opinión que por tal reconocía a Don Beltrán las circunstancias de ser el preferido del Rey, el más asiduo en Palacio y el que tenía en su mano ser dueño del reino y de la Reina, con sólo secundar los propósitos de Don Enrique. Sobre él recaen, pues, las más vehementes sospechas, y condénanle sus mismas disolutas palabras.” (PALENCIA, op. cit., I, 6, 5.º) Es preciso fijarse bien que este testimonio es el único serio entre los contemporáneos; los demás de su época y de los posteriores sólo copiaron estos mismos juicios del inquieto capellán. Y es tan notoria la fragilidad de sus argumentos, que asombra el que haya podido pasar como cierta una hipótesis nacida de fuentes tan recusables. No hay en todo esto más que hablillas ridículas y argumentos moralistas inaceptables, como el de la perversidad natural de la mujer, que PALENCIA, cuyo semitismo es bien conocido, admitía con fruición. El capellán cronista llega a utilizar razones tan salaces y retorcidas como esta otra: Aun admitiendo que, por una vez, el Rey hubiera sido capaz de realizar un contacto fecundo con doña Juana, la facilidad con que ésta dió a luz demostró que estaba avezada a la relación conyugal, y, dada la impotencia de don Enrique, tuvo que ser con varones distintos (op. cit., loc. cit.). A este envenenado disparate le llama PALENCIA “justa sospecha”. Luego veremos que todas las demás razones que se han dado del adulterio de doña Juana y don Beltrán son por el estilo de éstas.

¹³⁷ HERNANDO DEL PULGAR, *Crónica de los Reyes Católicos*, capítulo III: “Otros certificaban que la principal causa de su yerro

Si esto fué cierto o si fué “una fábula que se forjó en gracia a los Reyes don Fernando y doña Isabel”, como pretende Mariana¹³⁸, y se inclinan a admitir otros historiadores, nadie podrá saberlo nunca de cierto. Pero sí podemos anotar al margen de este asunto que una de las modalidades de la conducta del varón débil y del homosexual es, precisamente, ésta, no sólo de expectación complaciente ante el adulterio, sino de inducción a él, y a veces, como ocurría en este caso, en la propia persona del hombre objeto de la predilección anormal. Stekel, por ejemplo¹³⁹, ha estudiado minuciosamente este punto. Recordemos que Enrique IV no limitó a estos dos casos la maniobra inductora sino que quiso repetirla al intentar casar a otro de sus favoritos, Francisco

(el adulterio de doña Juana) había sido el Rey, a quien placía que aquellos sus privados, en especial aquel Duque de Alburquerque, hubiese allegamiento a ella; y aun se decía que él rogaba y mandaba a ella que lo consintiese.” Más adelante citaremos otras palabras del mismo PULGAR, aún más claras, en el sentido de ser todo esto un simple rumor de mentidero.

138 MARIANA, op. cit., 22, XVII.

139 STEKEL, *Onania und Homosexualitat*. 3 Auf. Berlín, 1923: Este autor, llevando su punto de vista psicoanalítico a un extremo inaceptable, supone que en el hombre dado excesivamente al comercio con las mujeres públicas hay un fondo explícito de homosexualidad, ya que busca a través de la mujer mercenaria al otro hombre. Esto no se puede admitir como regla general, aun cuando en algunos tipos disexuales la justificación psicológica de sus hábitos licenciosos sea la apuntada. LENORMAND y ROUFF han hecho una interpretación, afeminada, del don Juan basándose en esta hipótesis, interpretación semejante a la mía de este personaje. (MARAÑÓN, *Notas sobre la biología de Don Juan*, “Revista de Occidente”, enero 1925.)

Valdés, con otra de sus amantes, doña Guiomar¹⁴⁰. Podrán, pues, estas tretas vergonzosas atribuídas al degenerado Monarca ser o no ciertas históricamente. Pero su verosimilitud biológica es incuestionable.

Y aquí debiera terminar. Pero no quiero hacerlo sin dedicar algunas palabras a otro de los personajes que hemos tenido que llevar y traer en esta lamentable historia. Me refiero a la reina doña Juana, la segunda esposa de don Enrique. Porque todos los actores de la tragicomedia que hemos resucitado han tenido en sus contemporáneos y en la posteridad adversarios y defensores.

Ha tenido adversarios hasta la excelsa gloria de doña Isabel la Católica. Ha tenido defensores hasta el triste degenerado don Enrique IV. Pero ante esta infeliz doña Juana todos los juicios han sido unánimes; todos la condenan por liviana y nadie la regatea un ápice de responsabilidad en aquel caos con que terminó la Edad Media en España. Y, sin embargo, nosotros, desde nuestro plano de historiadores, no de la Historia sino de la Naturaleza, nos descubrimos respetuosamente ante su tumba. Porque acaso fué, en aquella Corte de pecadores, la que tuvo más disculpas naturales para sus flaquezas; porque vivió y murió en la dignidad de la heterodoxia de su amor, y, en fin, porque fué la más desventuada —la “triste Reina”, como ella se llamaba¹⁴¹— entre todas las víctimas de un ambiente a la vez refinado y corrompido.

140 PALENCIA, op. cit., I, 5, 4.º

141 Recuerda este título el de la “Triste Condesa”, como se llamó la viuda de don Alvaro de Luna, nombre que aún conserva la calle de Arenas de San Pedro que da al castillo de don Alvaro.

Ya hemos recordado que doña Juana pasó su infancia en Toledo junto a su madre, la Reina de Portugal, desterrada en la insigne ciudad, donde murió, al parecer envenenada. Las márgenes del Tajo que han visto discurrir durante tantos siglos a la fauna más diversa e interesante de cuantas han poblado las historias humanas, guardarán, sin duda, un recuerdo enternecido de esta Infanta morena, agobiada por la melancolía que en la niñez producen las tragedias del hogar; en cuya maravillosa hermosura estaba ya escrito el sino contradictorio de su fortuna y de su infelicidad.

Debió ser realmente espléndida su belleza; porque aun contando con la lisonja cortesana, es unánime el elogio que hacen de ella cronistas y viajeros¹⁴². Y sin duda se realzaba y encendía por el lujo y las perfecciones cosméticas habituales en la Corte portuguesa, que tanta sensación produjeron en la grave Corte de Castilla, según se desprende de la conocida página en que Palencia¹⁴³ describe los afeites escandalosos de las damas del

142 PALENCIA la llama "mujer de esplendente hermosura" (op. cit., II, I, 3.º). El viajero TETZEL dice de ella esta simple pero expresiva frase: "es una linda señora morena" (op. cit.); parece una de esas instantáneas sin detalles, en la que, sin embargo, se percibe mejor que en los retratos acabados la gracia de la silueta.

143 Se refiere al séquito de jóvenes "de deslumbradora belleza" que acompañaron a la Reina cuando vino a casarse en Castilla, y que según A. C. DE SOUSA (*Trovas de Historia Genealógica*), "el Rey se obligó a mantener en armonía con su categoría". Según PALENCIA, "ocupaban sus horas en la licencia", y "el tiempo restante lo dedicaban al sueño, cuando no consumían la mayor parte en cubrirse el cuerpo con afeites y perfumes, y esto sin hacer de ello el menor recato, antes descubrían el seno hasta más allá del ombligo, y desde los dedos de los pies los talones y canillas hasta la parte más alta

séquito de la nueva Reina. A ésta, a la Reina misma, se refiere sin duda aquella copla del Provincial:

“A ti, diosa del deleite,
gran señora de vasallos.
Dícenme que tienes callos
en el rostro del afeite.”

Años después, el joven don Alfonso, tan parecido en la austera severidad de su carácter a su hermana doña Isabel, aunque no en la rectitud¹⁴⁴, protestaba del poco recato en los vestidos y adornos de estas mismas damas en el Alcázar de Segovia¹⁴⁵; expresión típica de la reacción de hostilidad con que el espíritu castellano ha acogido siempre las manifestaciones sensuales tocadas de pagana alegría y de ecos de bacanal. Es curioso en este mismo sentido el incidente que refiere Rosmihal en el relato de su viaje a la Corte de Enrique IV: estando en Olmedo uno de los caballeros de su séquito, dotado al parecer de manos extremadamente vivas, retozaba con una muchacha, lo

del muslo; interior y exteriormente, cuidaban de pintarse con blanco afeite, para que al caer de sus hacaneas, como con frecuencia ocurría, brillase en todos sus miembros uniforme blancura” (op. citado, I, 3, 10.º). Hemos copiado esta repetida descripción para mejor comprensión del ambiente que rodeó a doña Juana. BLASCO IBÁÑEZ ha utilizado la historieta en su novela *En busca del Gran Kan*, en la que, por cierto, hace una apología partidista e inadmisible de don Enrique.

144 Compárese, en efecto, la conducta de este infante pres-tándose a la ceremonia de la decapitación de la efigie de su hermano, con la dignidad con que doña Isabel rechazó las propuestas de los nobles de alzarla como Reina a la muerte de dicho don Alfonso. La diferencia de edades no era tanta que justificase esta distinta actitud.

145 PALENCIA, op. cit., I, 10, 5.º

cual, visto por un castellano, éste empezó a maldecir al bohemio, y después de violenta disputa volvió con 400 hombres, decididos a matarle, teniendo que enviar el Rey a un grupo de sus nobles para evitarlo¹⁴⁶. Es decir, una verdadera sublevación popular, por el decoro de las costumbres.

Podemos imaginarnos (sobre todo si cotejamos con la imaginación aquellos tiempos con los que ahora vivimos) la tempestad de murmuraciones, sobresaltos hipócritas y aspavientos que provocaría en una Corte tan gazmoña la alegre desenvoltura de esta Reina extranjera de quince años, rodeada de damas parejas a su señora en las gracias y en la juventud. Y podemos imaginarnos también el sufrimiento de pájaro enjaulado de la pobre señora, unida al ser abominable que antes hemos descrito: tosco, feo, mal oliente¹⁴⁷, misántropo, vestido y calzado con tanto desaliño¹⁴⁸ y adornado de rarezas y vicios indeseables.

146 "Retozando Juan Zehrowitz con una muchacha, la palpó un pecho, y habiéndolo visto un castellano le maldecía en su lengua, etcétera." (op. cit., pág. 72)

147 Es sabido que don Enrique amaba la pestilencia, carácter típico de los seres sucios y malolientes. Porque muchos hombres huelen mal porque no pueden asearse; pero otros, están sucios porque se deleitan en el hedor. A esta categoría perteneció, sin duda, el Rey de Castilla. "Cualquier olor agradable le era molesto, y, en cambio, aspiraba con delicia la fetidez de la corrupción, y el hedor de los cascos cortados de los caballos, y el cuero quemado, y otros aún más nauseabundos. De esta especie eran sus numerosas aficiones, de modo que por este sentido del olfato podía juzgarse de los demás." (PALENCIA, op. cit., I, 1, 2.º) Es indudable el carácter degenerativo de estos detalles, tan realistamente descritos. La relación de tales perturbaciones sensoriales con la anormalidad sexual es bien conocida.

148 "Usaba siempre traje de lúgubre aspecto"; "cubría sus

En estas condiciones no es extraño que cada uno de sus días, desde el mismo de su matrimonio, fuese una perpetua invitación al adulterio. Porque el impulso sexual, como todas las fuerzas de la naturaleza, sigue siempre la ley de la menor resistencia. Sólo raros seres de virtud genial alcanzan a conducir espontánea y libremente sus instintos por los senderos de una ética pura, sea favorable u hostil la influencia del medio ambiente; y sería injusto exigir esta actitud excepcional a una pobre mujer en la que se concertaron las máximas debilidades naturales ¹⁴⁹ con los mínimos frenos externos.

De todos modos, es indudable que doña Juana resistió todas las tentaciones, incluso, si realmente existieron, las propias inducciones de su marido. Ya hemos visto que sus propios enemigos lo reconocen así. Sin duda su juvenil alegría le impulsaba a diversiones que hoy no chocarían en ninguna muchacha moderna ¹⁵⁰. Y desde

piernas con toscas polainas, y sus pies con borceguíes u otro calzado obscuro y destrozado" (PALENCIA, I, 1, 2.º). En los documentos a la mano de cualquiera sobre este Rey se encontrarán numerosas citas más acerca de su desaliñado vestir. Es muy interesante la relación del amor con el calzado. El valor del pie como elemento de la erótica normal y, en ocasiones, como elemento fetichista es indudable. Por eso tanto el hombre como la mujer galantes cuidan con tanta minucia de su calzado. Un calzado desastroso indica abandono de toda vanidad erótica. Compárense estos borceguíes viejos y sucios del Monarca con los zapatos recamados de piedras preciosas que lucía don Beltrán de la Cueva, de que después hablaremos (nota 158).

149 De una de las hermanas de doña Juana, la infanta doña Catalina, dice Palencia que "su natural era inclinado ardientemente al matrimonio" (op. cit., I, 1, 9.º). Probablemente tendría el mismo temperamento la morena Reina de Castilla.

150 Como ejemplo de esta dinamicidad deportista de la Reina,

luego, su naturaleza propendía al juego de la coquetería, al que se refiere con hosco gesto don Fernando del Pulgar, el cronista de la Reina Católica, cuando dice que doña Juana “era mujer a quien placían hablas de amores”¹⁵¹. ¿Y a qué mujer no le placen? Pero esto sólo podía ser pecado en aquel medio en que se gestaba una moral que a fuerza de ser rígida acabó por perder el

recordaremos que en Cambil, cerca de Jaén, en una de las ocasiones en que los Reyes seguían al ejército, un día doña Juana, “por vía de diversión”, salió al campo a ver de cerca al enemigo, “rodeada de guerrero aparato, disponiéndose para ello una especie de simulacro de torneo o mascarada. Llevaba la Reina abrazada al lado izquierdo la adarga”; “la juvenil cabeza cubierta con el yelmo, y en el resto del vestido los colores e insignias que indicaban el arma a que pertenecía. Otras nueve damas de la Reina, con análogo atavío, capitaneaba el Conde de Osorno; y cuando dieron vista a los moros, la Reina, tomando una ballesta, arrojó dos saetas a los enemigos, mientras se disparaba contra ellos toda la artillería” (PALENCIA, op. cit., I, 5, 1.º). He aquí un anticipo de la intrepidez deportiva de las mujeres de ahora, y una curiosa muestra de la característica coquetería de doña Juana, realzando sus gracias con los atavíos guerreros. Se comprende el escándalo que produciría en la Corte castellana este alegre simulacro, al que tal vez se prestarían los mismos moros, cuyas relaciones con los castellanos en estos últimos tiempos de la Reconquista daban a la mayor parte de los encuentros el aire de juegos de cañas. PALENCIA termina su relato diciendo: “Aquel triste lugar se llamó la Hoya de la Reina.”

151 HERNANDO DEL PULGAR, *Crónica de los Reyes Católicos*, capítulo III. También PALENCIA: “prestando asiduo oído a los coloquios amorosos” (op. cit., II, I, 3.º). Doña Juana era, pues, una mujer coqueta y nada más. Entre nosotros la coquetería se ha considerado siempre como equivalente a la liviandad, sin pensar que si a muchas mujeres las ha perdido la inclinación a la coquetería, a otras muchas las ha salvado; porque, a veces, es sólo una medicina saludable, que calma la sed sin necesidad de beber.

necesario contacto con las realidades humanas. Lo cierto es que la Reina adquirió reputación de liviana¹⁵² y

152 Véanse las notas 136 y 137. La lectura detallada de los cronistas nos demuestran, en efecto, que el único argumento contra la Reina era "la reputación", y no pasan de ahí. "*Su reputación anteriormente sospechosa.*" (PALENCIA, op. cit., II, I, 3.º "*Era bien público el impúdico trato de la Reina con su valido.*" (IBIDEM, I, 6, 9.º) "Don Beltrán, dueño del ánimo del Rey y, *al parecer*, también de las potencias y sentidos de la Reina (IBID., I, 6, 10.º); etc. "Fué *gran sospecha* en el corazón de las gentes sobre la procedencia de la hija." (ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, op. cit., cap. CXX.) "En todo el reino se decía públicamente que no era hija del Rey, sino de don Beltrán." (*Informe dado al Emperador por algún Consejero que no firma*, publicado por PAZ Y MELIA, op. cit., pág. 337.) Toda es, pues, una historia inconcreta y difusa sin un solo argumento directo de mediano valor. Y sobre ello se forjó, monstruosamente, un mito de intención exclusivamente política, que luego ha pasado a la posteridad con el salvoconducto que suelen tener, en la aduana de la crítica, mucho más fácilmente que los hechos reales, las leyendas. Lo prueba así el que en este mismo documento, tan representativo, se añade: "en todo el reino se decía públicamente que no era hija del Rey, sino de don Beltrán; y, *aunque lo fuera, no sería legítima*", por tales y cuales razones protocolarias. Es decir, que lo importante era la no legitimidad de la Beltraneja en su sentido político, basándose en la calumnia de la no legitimidad biológica, o, en último término, como fuere. Por ello los historiadores partidarios acérrimos de Isabel la Católica, pero, a la vez, documentados y veraces, tienen que decir, en última instancia, como LLANCS Y TORRIGLIA (op. cit., página 69): "Si era o no de hecho hija de Enrique IV, arcano genésico es, cuya recóndita intimidad no permite que lo esclarezca la crítica histórica. Basta al intento de estos *folios sueltos* hacer resaltar que fuera o no fuera Juana fruto del pecado, es evidente que Isabel pudo creer, y creyó, honradamente que lo era." Está bien limpia de toda empañadura la gloria de la Reina Católica, y no es preciso, para mantener su esplendor, calumniar a otra mujer más desgraciada que ella. N. ARAUJO ha publicado en el *Diario de Lisboa* (1930, 23 Ja-

esto, en el medio en que vivía en España, donde la reputación lo es todo, la perdió. Paladinamente la declara así, en una de sus cartas admirables, el mismo Fernando del Pulgar¹⁵³, cuando dice al Rey de Portugal que el adulterio de doña Juana y don Beltrán fué sólo un rumor de la calle; “pero —añade— la voz del pueblo es voz divina”. Si aceptásemos esta sentencia, citada casi siempre para justificar torpezas y fechorías, habría que pensar que, por lo menos en nuestro país, el Sumo Hacedor dejaba su justicia en manos indignas, por su falta de rectitud y por su exceso de servidumbre. No. Nosotros no aceptamos tan recusable sentencia, que acatan con tanta facilidad como falta de espíritu caritativo los más sesudos historiadores¹⁵⁴. Si doña Juana tuvo amores con el gran botarate de don Beltrán de la Cueva, nadie puede afirmarlo. Quienes por nuestro minis-

neiro) un interesante artículo titulado *Leviana*, en el que comenta este punto de vista en nuestro mismo sentido.

153 HERNANDO DEL PULGAR, *Letras*. (*Clásicos castellanos*. “La Lectura.” Madrid, 1929.) Letra VII: “la señora vuestra sobrina, hija incierta del Rey Don Enrique y que vos tomáis por mujer; de lo cual no pequeña estima se debe hacer, porque la voz del pueblo es voz divina, y repugnar lo divino es querer con flaca vista vencer los fuertes rayos del Sol.”

154 Ejemplo de esta actitud, aun en escritores, por otra parte, justamente ilustres por su erudición y veracidad, son las siguientes palabras de LLANOS Y TORRIGLIA (op. cit., pág. 50), hablando de don Pedro de Castilla, el amante de la Reina: “Pero donde se puso don Pedro pudo ponerse otro, pues, desgraciadamente para la memoria de la infeliz, desde muy temprano la condenó, *en la opinión de sus contemporáneos, tanto más que el pecado cierto, la irreflexiva desenvoltura*.” Históricamente no pueden colocarse amantes arbitrarios a una mujer con el sólo fundamento de “un decir” de las gentes, y de gentes de una Corte corrompida, a la vez gazmoña y mendaz.

terio tenemos que entrar en la intimidad de muchas gentes, sabemos que en estas materias no siempre es cierto el refrán de que “cuando el río suena, agua lleva”. A veces, por el contrario, los cauces secos son los que sueñan más estrepitosamente, por las razones en que ya nos hemos detenido. Y, en cambio, discurren por el mundo innumerables aguas mansas y silenciosas que encubren misterios profundos de pasión, desbordada no sólo de los cauces sociales, sino también, a veces, de las leyes mismas de la Naturaleza.

En el caso de doña Juana y don Beltrán es preciso insistir que no hay una sola prueba cierta, ni una sola, de la veracidad de sus relaciones pecaminosas. La afirmación de don Alfonso de que siendo niño vió por un agujero entrar repetidamente al favorito en los aposentos de la Reina, es harto sospechosa, como Puyol indica ¹⁵⁵. Las insinuaciones afirmativas del propio don Beltrán ¹⁵⁶ hemos de acogerlas con la reserva con que de-

155 “Siendo yo niño, cuando, por consiguiente, no infundía sospechas de que comprendiese lo que en torno pasada, dormía solo en esta cámara, al cuidado de doncellas de la Reina doña Juana. Algunas veces me despertaba; pero, aparentando seguir dormido, veía por aquel agujero a don Beltrán cuando entraba en estas habitaciones, no sin temor de que se apercibiesen que estaba observando o, al menos, que no dormía” (PALENCIA, op. cit., I, 10, 5.º). Palencia refiere estas palabras como oídas por él mismo a don Alfonso, “hallándome —dice— a su lado en Segovia”. Pero, aparte de que tal declaración, lejos de ser “demasiado grave para sus pocos años”, como dice el cronista, honra poco la discreción y a la hidalguía de quien la pudo pronunciar, es interesante observar, con PUYOL (op. cit., página 47), “que cuando Palencia escribía este pasaje el Infante había muerto, y no podía, por tanto, desmentirle, en caso de que hubiera faltado a la verdad”.

156 “Condenábanle *sus propias disolutas palabras.*” (PALENCIA,

ben acogerse siempre los pavoneos canallescos de los donjuanes. De ello sería ejemplo típico aquella fanfarronada, dejada caer en un corrillo de amigos, de que la Reina no les gustó nunca del todo “porque tenía las piernas demasiado flacas”¹⁵⁷. Aun cuando el mismo Palencia acoge con reservas la veracidad del chascarrillo, tiene tales visos de verosimilitud, dada la psicología del Duque de Alburquerque, que pertenece a aquel grupo de cosas que, por poder haber sido ciertas, tienen tanta realidad como las que en efecto lo son sin merecerlo¹⁵⁸.

op. cit., I, 10, 5.º) Debía, pues, don Beltrán por lo menos dejarse cargar gustosamente el muerto del adulterio, con sus afirmaciones ambiguas; actitud muy conforme a su psicología del conquistador, de la que ahora hablaremos.

157 “Cuéntase que como los amigos de don Beltrán se burlasen de la ligereza y descaro de la Reina, y acusasen de imprudencia al rival de don Pedro por haberla traído a la casa de aquel de quien en otro tiempo fué tan querida, recordándole además otros muchos motivos de rivalidad y resentimiento, don Beltrán les respondió desdenosamente que ya no le inspiraba el menor interés aquella su antigua intimidad, como quiera que nunca le habían gustado las piernas de la Reina, demasiado flacas. No falta quien diga que la carcajada en que al punto prorrumpieron los circunstantes desagradó a muchos; pero ni de esta respuesta ni de aquellas burlas se tiene bastante certeza.” (PALENCIA, op. cit., II, I, 3.º) Con razón dice PAZ Y MELIA que esta escena “no desentonaría en un club de jóvenes acaudalados de nuestros días” (op. cit., pág. LXVI).

158 La vida y la figura de don Beltrán merecen un comentario extenso, que haremos algún día, sobre todo considerándole como uno de los ejemplares históricos de la psicología donjuanesca. Su historia está referida al pormenor en el libro de RODRÍGUEZ VILLA, ya citado, escrito con intención apologética. De la lectura de este libro no se deduce, sin embargo, una impresión confirmatoria del juicio que el autor adjudica a don Beltrán en el prólogo: “Destaca más y más —dice— de entre aquella turba de nobles rebeldes y vasallos deslea-

Recordemos, finalmente, las “tres razones para creer que *la Beltraneja* era hija de don Beltrán”, y que, por

les, la verdaderamente noble, leal y grandiosa figura de Don Beltrán de la Cueva.” La verdad es que, aun a través de estos criterios incondicionales queda reducida su figura a la de un señorito jactancioso y lleno de vanidad. Su principal hazaña es el famoso paso de la Puerta de Hierro con que el Rey festejó al Duque de Bretaña, y en el que don Beltrán se distinguió sobremanera, dando lugar con ello a las copiosas mercedes de don Enrique, a la absurda fundación del Monasterio el Paso, etc. Es seguro que de este suceso tan teatral nació la leyenda de los amores del favorito con la Reina; como en una fiesta análoga, años después, se originó la otra leyenda de los amores de la mujer de Felipe IV con el Conde de Villamediana, hombre de mucho más valer que don Beltrán —por de pronto, poeta excelente, muy superior a su fama gris— aunque parecido a él en la actitud donjuanesca de su erótica; y quizá también homosexual (véase ALONSO CORTÉS, *La muerte del Conde de Villamediana*. Valladolid, 1928). Después, la familiaridad con la Reina; el dominio que ejercía sobre el Rey; la envidia que suscitó su valimiento real, y el desenfado, nada caballeresco, del propio valido al referirse a su intimidad con doña Juana, completaron el mito y le dieron vía libre entre la Corte y el populacho.

De su influjo sobre el Rey dan idea estas palabras de PALENCIA: “a considerar el absoluto y desenfrenado capricho de don Beltrán, se hubiera tenido al Rey por su esclavo; que tales y tan frecuentes eran los broncos arrebatos del favorito contra él, que causa dolor y vergüenza referirlos. Si cuando llamaba con los dedos en la puerta de la cámara no le abrían al punto, se arrojaba sobre los porteros y los molía a puñadas, puntapiés y bofetadas” (op. cit., I, 7, 1.º).

Salvo estas hazañas, su nombre no brilla con dignidad en ningún hecho histórico de importancia. Y al morir don Enrique IV su figura se esfuma, pasando casi inadvertido en la Corte de doña Isabel la Católica, a la que prestó acatamiento, ayudándola en la lucha contra los partidarios de la Beltraneja. Algunos historiadores, como PRESCOT (*Historia del reinado de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel*. Traducción de SABÁU. Madrid, 1845), han

tanto, el adulterio existió, que Paz y Melia exhibe como argumento importante; razones dadas al Emperador en 1522 por un consejero que no firma: que a la recién

comentado esta actitud del Duque de Alburquerque, que parece indicar una declaración de su no participación en la paternidad de la Beltraneja, ya que no es verosímil que combatiere a su propia hija; a no ser que las razones de Estado fueran en él más fuertes que las de la sangre. En el mismo sentido se expresa el malogrado L. E. BRITO BIVAR DE SOUSA en una muy interesante monografía, en la que defiende la legitimidad de doña Juana, haciendo un perfecto resumen de las aportaciones portuguesas a este problema (*A Política de D. Alfonso V em relação a Castela*. Lisboa, 1929). LLANOS Y TORRIGLIA (op. cit., pág. 305) atribuye esta postura del valido a "la voz de su conciencia, que, convencida de que no era doña Juana hija de Enrique IV, le impelía a no defraudar los desvelos de la que él sabía legítima sucesora del trono". Parece demasiada conciencia para un personaje de esta calaña. Lo más verosímil es, como siempre, lo más natural: que su conciencia, segura de no tener nada que ver en el nacimiento de la Princesa, no se contrariase al combatir los derechos de ésta. Aparte de que su psicología de cortesano ambicioso le llevase a tomar parte en el bando que tenía las mayores probabilidades de triunfar.

De la contextura física y espiritual del personaje nos dan idea varios testimonios de la época. Su amigo ENRÍQUEZ DEL CASTILLO (op. cit., cap. XXIV), por ejemplo, hace de él esta descripción: "Era grande gastador, festejador y gran honrador de los buenos; gran cabalgador a la jineta; gran montero y cazador; costoso en los atavíos de su persona; franco y dadivoso." Sobre el lujo de su vestir y adorno, refiere PALENCIA (op. cit., I, 6, 7.º) que cuando la entrevista de don Enrique con el Rey de Francia, entre el ostentoso séquito del Monarca castellano destacaba el favorito. "En lo costoso y espléndido del atavío, a todo superaba Don Beltrán de la Cueva, que aquel día hizo ostentoso alarde de su opulencia llevando uno de sus zapatos recamado de preciosísimas piedras, y otras muchas cosas a este tenor." Antes nos hemos referido ya al significado erótico de este detalle. Véanse también comentarios a

nacida la golpearon la nariz para deformársela y que así se pareciese a su padre; que a una mujer que parió un niño la misma noche en que nació *la Beltraneja* la pidieron que cambiase su varón por la hija adulterina, negándose aquella honrada dueña, y, finalmente, “el no honesto vivir de doña Juana, que fué notorio”. Es decir, puras paparruchas y a su lado un fantasma: “la mala reputación de la Reina”; pero un fantasma, que entre nosotros tuvo siempre, como ahora, mayor fuerza que todas las realidades.

Pero llegó el año de 1467, decisivo para el porvenir de doña Juana, y ésta fué entregada por el propio Rey en rehenes al Arzobispo de Sevilla, que la llevó al Castillo de Alaejos, donde parece que fué galanteada por el propio Prelado; y aun algunos insinúan que logró seducirla ¹⁵⁹. Mas está bien averiguado que quien la enamo-

esto mismo en nuestro estudio sobre *Casanova*, “Sagitario”, Buenos Aires, 1927.

Fué don Beltrán, en suma, un ser insignificante, al que ha dado relieve histórico su calidad de favorito; y demuestra, una vez más, que los reyes pueden medirse por sus privados.

159 “El Arzobispo de Sevilla, perdido el seso con la prenda que en rehenes le había entregado Don Enrique”, “no sólo se cuidaba de distraer a la Reina, llevándola, sentada en una mula, a cazar por los bosques y campos de Coca, sin hacer caso de las murmuraciones.” (PALENCIA, op. cit., I, 10, 5.º) Parece cierto que no sólo no logró sus propósitos este liviano Arzobispo, sino que el deseo de huir de él fué una de las razones que determinaron la fuga de doña Juana del castillo de Alaejos. Según ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, esta actitud de la Reina fué causa principal del odio que la cobró el Arzobispo, y motivó en gran parte la reunión de Guisando y las consecuencias de este pacto (opúsculo cit., cap. CXVII). Es de gran interés este comentario, poco encarecido por los historiadores, para

ró fué el hijo de su guardián, don Pedro de Castilla, “el Mozo”, biznieto de don Pedro *el Cruel*. Este sí fué su amante; pero su único amante¹⁶⁰. Salvo Sitges, los historiadores poco piadosos con doña Juana no insisten lo suficiente en que en el pacto de Guisando (1486), redactado por los enemigos de los Reyes, con la bárbara crudeza de todos conocida, se hace constar, sin embargo, expresamente que la Reina “no había usado limpiamente de su persona de un año a esta parte”; es decir, justamente en el año de su encierro en Alaejos, y, por tanto, después de su supuesto adulterio con don Beltrán, al que no se alude para nada —y no sería por falta de ganas— en dicho documento¹⁶¹. Si relacionamos este hecho indu-

explicar los turbios fondos pasionales en que se fraguó este suceso, que tanto se ha querido explotar contra doña Juana.

160 “Dos eran, según lo que la voz común señalaba como rivales en los favores de la Reina, sin que por entonces constase con evidencia a cuál de ellos había de tribuírse el hecho; a saber: al Arzobispo y un sobrino suyo llamado Pedro, biznieto del Rey de este nombre.” (PALENCIA, op. cit., II, 13, 3.º) La *Crónica de Castilla* (capítulo III) dice lo mismo: “Allí fué preñada, y dudábase quién fuese el padre, pues aunque algunos creían que el adulterador fuese el Arzobispo, otros afirmaban ser un sobrino suyo, hijo de un hermano, llamado Don Pedro de Castilla.” Pero, repitámoslo, la historia del Arzobispo es una invención; su amante fué don Pedro. BERNÁLDEZ (op. cit., cap. X), entre otros, afirma netamente que la Reina “se empañó y parió dos hijos de otro caballero de sangre real” (don Pedro).

161 “En cuanto a que la Reina no hubiese usado limpiamente de su persona de un año a esta parte, era verdad, como vamos a ver; pero nótese que si sólo había hecho mal uso de su persona *de un año a esta parte*, esto parece indicar que antes no había cometido tal desmán, y es muy raro que cuando tan atrevidamente se hablaba, no se hiciera mención o referencia a su supuesto adulterio con

dable con los datos expuestos al principio sobre la relatividad de la impotencia, resurge en el fondo de nuestra conciencia la convicción de que *la Beltraneja* está mucho más cerca del Rey que del fachendoso galán. Y es curioso anotar cómo, al cabo de los tiempos, la interpretación biológica coincide con la reivindicación histórica de la legitimidad de doña Juana *la Beltraneja*, pobre víctima de una calumnia y, sobre todo, de la gloria que justificó, sobre la cabeza genial de Isabel la Católica, la notoria, la casi indudable usurpación.

En Alaejos sí empieza la vida extralegal de doña Juana, pero sólo entonces. Y, en verdad, recordando las circunstancias que habían rodeado a la Reina es indigno, aunque muy español, el hacer caer sobre su pobre cabeza femenina la culpa elaborada por tantos hombres sin escrúpulos; y no se precisa aquella mirada con que Cristo contemplaba desde lo alto las conciencias, como el águila desde las nubes, para invitar, ante esta Reina infeliz, a tirar la primera piedra a los que no hubieran procedido como ella procedió.

don Beltrán de la Cueva.” (SITGES, op. cit., pág. 186.) Este razonamiento es irrefutable, y nada pueden contra él otras sutilezas. Mi ilustre amigo el señor LLANOS Y TORRIGLIA me decía en una admirable carta: “La frase de Guisando no exculpaba a la inculpada por su conducta anterior, sino que equivalía a decir, en mi opinión: ¿ven ustedes cómo la que ahora está tejiendo este cesto era capaz de tejer cien cestos más?” No; la frase de Guisando es terminante y no admite interpretaciones partidistas: no quiere decir más que lo que dice; y es esto: que la Reina “de un año a esta parte no ha usado limpiamente de su persona”; y no antes; a pesar de que era un documento de acusación implacable, encaminado nada menos que a la legitimación de la rama de doña Isabel y a la anulación política de doña Juana y su descendencia.

De su amante “el Mozo” tuvo la Reina dos hijos, don Apóstol y don Pedro. Con él se fugó dramáticamente del castillo ¹⁶². Vivió después con los Mendoza en Trijueque y otras villas de sus Estados, y, finalmente, en Madrid, donde estuvo retirada en el Convento de San Fran-

162 Es muy conocida la página en que PALENCIA describe esta fuga. Estando ya embarazada de siete meses, terminó el motivo que que la tenía en rehenes, y el Rey envió a varios nobles a que la sacasen del castillo de Alaejos y la acompañasen a Madrid. Se aterró la Reina, porque en la Corte la hubiera sido imposible disimular su embarazo, y despidió con un pretexto a los enviados de su marido. Y una noche se descolgó por el adarve, siendo recogida abajo por su amante don Pedro, que, según lo convenido, “la aguardaba junto al portillo del muro inferior, a la sazón tapiado con piedras sin trabazón de cal. Apartáronlas prontamente; penetraron por él, y siguiendo el sendero de la cava, en que asentaban los cimientos, salieron al campo, donde hallaron a Pedro de Castilla y a Juan Hurtado, hijo de Rodrigo Díaz de Mendoza, con diez caballos”. “Reunidos todos, dirigieronse, por orden de la Reina, a Cuéllar, en busca de don Beltrán, que allí estaba, y aunque ella le dió una explicación falsa del motivo de su venida, no tardaron él y los suyos en apercibirse de la causa que la impulsaba a arrostrar antes el escándalo de la fuga, que el peligro de su permanencia en la fortaleza.” (Op. cit., II, I, 3.º) Entonces fué cuando don Beltrán dicen que dijo lo de “las piernas flacas”, a que nos hemos referido en la nota 157.

ENRÍQUEZ DEL CASTILLO (op. cit., cap. CXVIII) dice que la Reina fué descolgada en un cesto, que se golpeó al caer y que se lastimó en la cara y en la pierna derecha; “pero luego que así cayó fué arrebatada y puesta en las ancas de una mula de Luis Hurtado, y así, a más andar, sin parar, se vino con ella hasta la villa de Buitrago, donde estaba su hija”. Ya hemos dicho (nota 159) que para este cronista, otro de los motivos de la fuga fué el apartarse de las solicitudes del Arzobispo.

Cuando don Enrique se enteró de la fuga de Alaejos, dice PALENCIA que “tuvo grave disgusto”. Es lo menos que le pudo producir tal

cisco hasta que murió, en 1475, a los treinta y seis años de edad. Nunca más abandonó a don Pedro, a pesar de que éste, que sin duda conservaba viva la sangre violenta de su bisabuelo, “la daba algunas veces de palos”¹⁶³. Su afección por él debió ser tan profunda que habiendo intentado el Rey prenderle, al descubrirse el adulterio, “la Reina atribulóse con tantos lloros que el Rey, no pudiendo sufrir la pena continua que creía recibir la Reina, le mandó soltar”¹⁶⁴. Su muerte se atribuyó por unos a un envenenamiento, ordenado por su hermano el Rey de Portugal, ante el temor de que ella hiciera “pública manifestación de arrepentimiento”. Otros afirman que la causa de su muerte fué un aborto¹⁶⁵. En

noticia, aun teniendo en cuenta la mansedumbre de su espíritu. Luego veremos que quiso prender a don Pedro, pero disistió ante el llanto de la adúltera.

Un detalle curioso de este embarazo accidentado de doña Juana fué el vestido que adoptó para disimular el abultamiento del vientre, y que luego, por moda, adoptaron también “todas las damas nobles españolas”; “vestidos de desmesurada anchura que mantenían rígidos, en torno del cuerpo, multitud de aros durísimos, ocultos y cosidos bajo la tela, de suerte que hasta las más flacas parecían con aquel traje corpulentas matronas y a todas podría creérselas próximas a ser madres” (PALENCIA, op. cit., II, I, 3.º). Es conocido este origen escabroso que se atribuye al guardainfante; pero no tanto, a lo que creo, su relación con doña Juana de Castilla. Los libros de historia de la moda, como el de MAX VON BOEHN (*La Moda*, edición española. Barcelona, 1928), señalan, erróneamente por tanto, el origen del guardainfante —nombre harto explicativo— en el siglo XVI.

163 Véase la sucinta biografía de doña Juana en PAZ Y MELIA, opúsculo cit., pág. 427.

164 H. DEL PULGAR, *Crónica de los Reyes Católicos*. Cap. IV.

165 PALENCIA, op. cit., III, 24, 7.º

su testamento dejó cuanto poseía a su único amante, rogando a su propia hija que se encargase de cumplir su voluntad; y tuvo el rasgo, que la pinta en la plenitud de su feminidad exaltada, de pedir “que se la enterrase en algún lugar hueco que no llegue luego la tierra sobre mí”¹⁶⁶.

“Ni en don Alfonso (su hermano) ni en ninguno de los Grandes ni parientes —dice Palencia—¹⁶⁷ se dió señal alguna de duelo por su muerte.” Los demás cronistas de la época la hicieron los mismos funerales despectivos; y los historiadores modernos repiten idéntico e implacable juicio¹⁶⁸. Pero nosotros tenemos que juzgarla con infinita compasión y simpatía, y suscribimos, un comentario que hizo de ella dos siglos después una mujer, mujer y francesa: “Nadie —dice— que lea esta historia será insensible a la desventura de esta Princesa, expuesta a tantas violencias de los que la rodearon. Así fué la reina doña Juana de Portugal: siendo buena, vivió sin que se la creyese virtuosa, y todos los que vivieron bajo el reinado de Isabel *la Grande* se esforzaron y regocijaron en inventar acerca de ella mil vergonzosas calumnias.”¹⁶⁹ No es un sabio el que hace este

166 *Colección de documentos inéditos*, XIII, pág. 470.

167 PALENCIA, op. cit., III, 24, 7.º

168 SITGES (op. cit., pág. 189) cita al portugués ANTONIO CAYETANO DE SOUSA, que en el siglo XVIII pedía que se le señalasen los deslices, no demostrados, de doña Juana. También el padre FLÓREZ (*Memorias de las reynas catholicas*. Madrid, 1761) considera excesivamente dura e injustificada la reputación con que esta Reina, por ser alegre y bella, ha pasado a la Historia. Véase la nota siguiente (169).

169 *Histoire Secrète de Henry IV, Roy de Castille*. A Ville Franche, 1696 (la edición primera es de la Haye, 1695). Su auto-

juicio, sino una mujer como las demás. Quizá por ello es tan generoso, porque a veces el investigador juzga a los hombres tan sólo por el disfraz con que se presentan en el gran escenario de la Historia, sin pensar que el barro humano que se esconde debajo de las coronas y de los mantos reales es tan frágil como el de los hombres y las mujeres de la calle.

A doña Juana la ha perdido ante la posteridad el cotejo de su figura paralela, doña Isabel *la Grande*. Esta supo bien —y se atuvo firmemente a ella— la gran verdad de que los reyes han de tener tan limpia la camisa como el manto ostentoso que exhiben ante la muchedumbre; aunque para tenerla limpia tengan, como la Reina Católica, que no mudársela en ocho días. El estar muy alto exige el sacrificio de las pasiones y de otras muchas cosas; y sólo así se compensa y sublima el privilegio, casi siempre arbitrario, de mandar sobre los demás. Pero, aparte de la ayuda de Dios, la virtud no se toma y se deja voluntariamente, sino que tiene una raíz inevitable en las condiciones de la propia naturaleza. Y

ra es CHARLOTTE ROSE DE CAUMONT DE LA FORCE, mujer famosa por sus libros y por su vida agitada, que murió en París, en 1724, en un convento, encerrada por orden de Luis XIV. Los datos históricos en que se funda esta interesante novela son, en su mayoría, exactos, y demuestran la difusión que las peripecias amorosas de los regios protagonistas tenían, siglos después, en Europa. Otra mujer también francesa, JANE DIEULAFOY (*Isabelle la Grande, Reine de Castille*. París, 1920), juzga con parecida benevolencia a doña Juana: “No lo ignoraba —dice— que en el matrimonio con don Enrique sólo podía satisfacer su amor propio. Pero tal vez se hubiera resignado a no buscar alguna compensación, y su corazón se hubiera abierto al amor si don Enrique, tan torpe con ella como con doña Blanca, no se hubiera entregado a sus queridas... honorarias.”

es acaso en esa fortaleza o debilidad de nuestro espíritu, con la que todos nacemos, donde más palpablemente se manifiesta el designio sobrenatural. Doña Isabel nació tocada por el dedo de Dios. Parece que por uno de esos trastrueques tan frecuentes en el misterio de la herencia recayó en ella, mujer, todo el aliento viril que faltó a su mísero hermano don Enrique¹⁷⁰. Y así pudo cumplir

170 Algunos partidarios de doña Isabel protestan de esta atribución de virilidad, reclamando para ella, por el contrario, una femineidad absoluta y arquetípica. Vale la pena de examinar el caso. Fué esta gran Reina, físicamente, de perfecta morfología femenina, como puede verse en el retrato de Rincón, tan conocido, y como consta en las referencias de sus contemporáneos. Ya a los trece años era "una hermosísima doncella", cuyas gracias "cautivaron tan fuertemente el corazón del Rey de Portugal", que pretendió hacerla al punto su esposa (PALENCIA, op. cit., I, 6, 10.º). Este cronista describe cuando, siendo ya mujer casada, se presentó a la multitud, después de la muerte de don Enrique; quitaron —dice— los negros paños del túmulo levantado en la plaza pública, "y apareció de repente la Reina, revestida con riquísimo traje y adornada de resplandecientes joyas, que realzaban su peregrina hermosura, entre el redoble de los atabales y el clamor de las trompetas y clarines" (op. cit., II, 10.º). Algo puede haber, sin embargo, de adulación cortesana, si comparamos estas descripciones un tanto teatrales con el rostro, como bobalicon, de los retratos. JANE DIEULAFOY (op. cit., pág. 39) es, a este respecto, muy justa: "Cuando se consultan los retratos pintados o modelados que tenemos de ella —dice—, retratos de todas las edades y, en general, mediocres, pero que muestran analogías que les dan autenticidad hay que convenir que, a pesar de los ojos ligeramente *bridés* y de la excesiva robustez de la parte inferior de su cuerpo, debía ser graciosa y seductora; además, como les ocurre a las rubias de tinte delicado, debía emanar ese halo de belleza que los más hábiles pinceles son incapaces de copiar."

Ahora bien: esta morfología tan puramente femenina albergaba, sin duda, un espíritu de recia contextura viril. Su respuesta a los no-

su egregio destino con grandeza tal vez no superada por ninguna otra de las mujeres conocidas. No la regateamos un punto de su gloria. Pero no podemos juzgarla

bles que la ofrecieron la corona, a la muerte de su hermano don Alfonso, no indica sólo una rectitud de conciencia poco común, sobre todo entre reyes, sino también un ánimo fuerte, impropio de una muchacha de dieciséis años. De igual energía viril hizo alarde en todo el dramático capítulo de sus bodas. Y siendo ya reina, su actuación llena de reflexión y su actitud enérgica y aguda frente a las decisiones graves —por ejemplo, en la sublevación de Segovia— tiene un sello masculino que sus contemporáneos percibieron bien. Cuando se presentó, en la ocasión antes citada, al morir don Enrique IV, ante el pueblo, “a muchos —dice PALENCIA— parecían necio alarde en la mujer aquella ostentación de los atributos del marido” (op. cit., II, 10, 10.º). Este mismo acto causó sorpresas y disgusto en su marido don Fernando, haciéndole exclamar: “Nunca supe de Reina que hubiese usurpado este varonil atributo.” (IBID., III, I, 1.º) Y “los presentes —añade el cronista— confesamos a una voz que era verdad”. El mismo PALENCIA refiere el disgusto del pueblo sevillano contra don Fernando, años después, por no cumplir las promesas que había hecho; “y entonces —añade— el pueblo cambió de alabanzas en acusaciones, diciendo que el Rey estaba supeditado *no sólo a la Reina*, sino también”, etc. La misma impresión recogen los viajeros, siempre tan importantes en el conocimiento de los juicios públicos. En otra ocasión (*Tres ensayos sobre la vida sexual*, 5.ª edición. Madrid, 1929, nota 63) he comentado, a este respecto, la relación de NICOLAUS VON POPPLAN, en su viaje a Sevilla, por estos mismos años: “Apercíbime —dice— que el Rey es un servidor de la Reina”; “si el Rey quiere despachar alguna correspondencia, no puede sellarla sin permiso de ella, que lee todas sus cartas; y si lee alguna que no le gusta, la despedaza en presencia del mismo Rey. Este no puede hacer nada sin permiso de la Reina” (*Viaje a España*, de la Colección de LIVKIE, edición española. Madrid, s. a.).

Los celos famosos de doña Isabel indican esto mismo. El sentido

con la misma medida que a doña Juana, hecha no con el bronce de los héroes, sino sencillamente con frágil arcilla de mujer.

He aquí cómo la enfermedad de un Rey sirvió de fermento a la descomposición de toda una sociedad y originó el cuadro tenebroso de la España de los Trastamaras, que un gran escritor español comparaba con la España de 1925¹⁷¹. También en aquellos años de inquietud se hablaba con indignación de la paciencia inacabable de nuestro pueblo¹⁷², y todo hacía anunciar la disolu-

de esta pasión es un ansia de dominación de carácter viriloide. Casi nunca la padecen las mujeres de feminidad muy estricta.

Cuerpo, pues, femenino, a lo que puede juzgarse por los datos que poseemos, pero alma de temple varonil: así era doña Isabel. Hoy sabemos bien que la intersexualidad del espíritu y del carácter es compatible con una morfología sexual específica, pura (véase mi libro citado *La evolución de la sexualidad*).

171 AZORÍN, *La España de los Trastamara*. "La Nación" (Buenos Aires). Mayo 1925. Es conocida —y ya empieza a ser olvidada— la tesis de Woods sobre la influencia de los reyes sobre la política y la economía de sus pueblos respectivos. No puede dudarse de esta influencia y ha sido esgrimida como una de las razones teóricas del régimen republicano, ya que en éste se suprime toda influencia de arriba abajo —del vértice a la base de la pirámide—, puesto que un presidente es el exponente del estado cultural de la nación, y nada más. Claro que también se suprime la posible influencia de un rey perfecto. Pero contar con esta perfección, en Biología, es un juego de azar peligroso. En su libro establece Woods de este modo el paralelo entre la personalidad del Rey y el estado de la nación, al llegar a nuestro monarca *Enrique IV*: débil de inteligencia, indolente, cobarde, degenerado; bien intencionado, *País* (1454-1474): rebelión, desórdenes, desastres, decadencia. (*The Influence of monarchs*. New York, 1913.)

172 PALENCIA, por ejemplo, cuenta que en una de sus entrevistas con el Papa, al darle cuenta del estado interior de Castilla, "los car-

ción del Estado, decrepito, falto del sustento de una conciencia política colectiva. Y, sin embargo, los augures se equivocaron; porque el sol que iba a nacer de tantas sombras iluminaría la grandeza más dilatada que jamás alcanzó pueblo alguno ¹⁷³. Quién sabe si no nos aguarda ahora un milagro semejante. Porque Dios ha querido que en la vida de los pueblos, como en la de los hombres, se entre casi siempre en el vasto templo de la gloria humillando la frente por la mezquina puerta del dolor.

A modo de conclusión podríamos, pues, decir: Don Enrique IV de Castilla fué un displásico eunucoide con reacción acromegálica y con netos rasgos esquizoides; elementos, morfológicos y psíquicos, constitucionales y hereditarios. En relación con estos rasgos de su personalidad, debió padecer una impotencia parcial. Como les ocurre a estos individuos, fué, sin duda, un tímido sexual, propenso a la incapacidad absoluta, por motivos psíquicos, con ciertas mujeres, sobre todo con las de ma-

denales comenzaron a censurar la larga paciencia de nuestro pueblo” (op. cit., I, 7, 3.º).

173 Unas palabras semejantes de G. MAURA GAMAZO al juzgar este momento de nuestra historia. “Hoy, como en los días del último Enrique, la raza por sus pecados pena; pero ha aprendido desde entonces que no le es ya lícito fiar su redención al providencial advenimiento de otros Reyes Católicos, porque las naciones eligen ahora a sus gobernantes, y no suelen tener sino lo que merecen.” (*Discurso de recepción en la Real Academia Española*. Madrid, 1920.) Desde luego, esta visión optimista sobre el porvenir de nuestro país, entonces y ahora, se basa en la convicción acérrima de que bajo la ruina oficial persiste incólume la vitalidad popular. Digo esto para contestar a algunas observaciones que nos han sido hechas de juzgar a la ligera la decadencia de esta España del final de la Edad Media. Decadencia del Estado, no de la raza.

por diferenciación social. Tal ocurrió, sin duda, con su primera mujer, doña Blanca de Navarra.

Todos estos trastornos no invalidan la absoluta posibilidad de que fuera capaz de relaciones sexuales aisladas y eficaces con su segunda mujer doña Juana ni que, por lo tanto, pudiera ser el padre de *la Beltraneja*. Es verosímil su tendencia homosexual, fuese o no acompañada de la práctica de este anormal instinto. No hay ningún dato histórico serio que autorice a dar por ciertos los amores de doña Juana con don Beltrán de la Cueva. Biológica e históricamente, por lo tanto, no hay razón que contradiga la legitimidad de doña Juana, llamada *la Beltraneja*.

GREGORIO MARAÑÓN.